

LAS TRUHANERÍAS DE PATHELIN
Versión y dramaturgia de Manuel Sánchez Arillo

Manuel Sánchez Arillo
C/. General Ricardos, 81 – 1º B
28019 – Madrid
Teléfono: 91 471 19 82
manuel.sanchez.arillo@hotmail.com

LAS TRUHANERÍAS DE PATHELIN, es una dramaturgia compuesta por *La Farce de Maître Pathelin* (considerada como la primera comedia europea) y *Le nouveau Pathelin*, ambas farsas de autoría anónima (aunque atribuidas al clérigo Guillaume Alexis) y pertenecientes al teatro medieval francés; posiblemente escritas entre 1455 y 1474.

La farsa surgida de este hermanamiento de textos, da contra los gremios de pañeros, ganaderos, religiosos amorales y leguleyos trapisondistas. Poniendo sobre la mesa la inquietante cuestión de quién *vigila al vigilante*; o sea, a Pathelin; un abogado de pleitos pobres con la soga al cuello –económicamente– deshonesto, astuto, tramposo, con mala fama, amigo de medias verdades, y con todas las trazas de ser un pícaro redomado; aunque su verdadera profesión consista en fingir, aparentar, o sea, en engañar. Pathelin es un gran enredador de churras con merinas, sin redundar en la famosa frase del texto “Volvamos a nuestras ovejas”. Pathelin recurre a cualquier treta, incluso al delirio, para vencer la insistencia de sus acreedores. Un hábil individuo que ha hecho de una dialéctica, extremadamente efectiva y parapetada en una sarta de latinajos, su más poderosa arma para la estafa.

El espectador encuentra al personaje en el momento en el que, por su situación asfixiante, decide entrar abiertamente en el mundo del delito... Si es que alguna vez estuvo fuera de él. La obra ofrece un fresco, de una sociedad mercantilista, en la que la lucha de unos contra otros, indefectiblemente, acaba por producir víctimas y verdugos.

El personaje de Pathelin está emparentado con el Roldán de *Los habladores*, entremés español del siglo XVII y de autor anónimo también, atribuido hasta mediados del siglo XX a Miguel de Cervantes Saavedra. Ambas criaturas escénicas, aunque de profesiones diferentes, pertenecen a la cosecha de la hipocresía de cuantos les rodean, que no les dejan ser mejores; siendo también los dos el detonante de sus propias desgracias. A Roldán le compran sus “servicios de hablador impenitente” y a Pathelin le contratan para que los delitos del contratante queden impunes.

Aunque finalmente, en *Las truhanerías de Pathelin*, la moraleja que puede apreciar el respetable senado sea la del *burlador burlado*, resultado de la puesta en práctica (por parte de Pathelin y del resto de sus conciudadanos) de una serie de habilidades, astucias, fingimientos, supersticiones, simulaciones y tretas, incluyendo las de poner a Dios por testigo, dignas de ser enmarcadas en cualquier orla de academia que se precie de adoctrinar truhanes, pillos y sinvergüenzas de toda laya.

Pathelin con tal de conseguir su objetivo (pañ para los vestidos de su mujer, el suyo propio y pieles para los cuellos y bocamangas de ambos trajes); remueve Roma con Santiago, y si lo considerase necesario pondría patas arriba el mismísimo infierno, para obtener aquello que le permitirá seguir aparentando, en una sociedad en la que el más “listo” corre en todo momento delante de otro que pretende su puesto.

Manuel Sánchez Arillo

LAS TRUHANERÍAS DE PATHELIN
Versión y dramaturgia: Manuel Sánchez Arillo

Agradecimientos por su colaboración desinteresada: A Lorenzo Collado, por la traducción literal, la pronunciación y la fonética latina. A Suping Pan, por la traducción y fonética china. A Paulo Rodrigues, por la traducción y fonética portuguesa. A José Vale Parapar, de la Universidad de Sevilla, por la facilitación del texto de *Le nouveau Pathelin*. A Luis Vegas Montaner, director del Departamento de Estudios Hebreos y Arameos, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, por la traducción y fonética hebrea. Del mismo departamento, agradecimientos también, a la profesora Amparo Alba Cecilia, por la selección poética hebrea; y finalmente, agradecimientos a la Fundación Secretariado General Gitano, por la localización de las fuentes, sobre el texto elegido definitivamente, “Apunte del dialecto CALÓ o gitano puro”, de B. Dávila y Blas Pérez.

ELENCO

PEDRO PATHELIN, “Abogado”.
GUILLERMINA, esposa de Pathelin.
GUILLERMO, el vendedor de paños.
TIBURCIO BORREGUITO, el pastor.
EL JUEZ.
EL PELETERO, vendedor de pieles.*
EL PRESBÍTERO.*

*El actor que haga de pastor doblará personaje, interpretando también el PELETERO. Igualmente el actor que represente el JUEZ, hará de PRESBÍTERO.
El reparto será siempre de cuatro hombres y una mujer.

DECORADOS (*)

Cuatro telones de ETAMIN beige o gris (el primero de seis metros de largo por tres de ancho y los tres restantes de tres metros por tres) con los contenidos siguientes, siempre pintados. En el primero un gran árbol en el centro, bajo cuya sombra se celebran los juicios de la aldea y las casas apiñadas de la población de fondo. En el segundo (la casa de Pathelin), entre otros muebles, una cama en perspectiva, de forma que parezca que Pathelin está acostado asomando la cabeza, y parte del cuerpo, por una ranura practicada entre el dibujo de la almohada y el embozo. En el tercero un tenderete de mercado del vendedor de paños. En el cuarto un tenderete de mercado del peletero. Dichos telones estarán preparados de tal forma, con anillas y guiados por hilos de nilón, que cada vez que interese desplegar o recoger alguno para representar la acción que corresponda con respecto al contenido de cada uno de ellos, los mismos actores, al entrar a escena o salir de ella, lo harán con suma facilidad.

UTILERÍA (*)

Una bolsa faltriquera. Una moneda de cobre. Una pieza de paño. Un paquete conteniendo una pieza de paño. Un artilugio parecido a un ábaco (aunque puede contar con los dedos). Un pequeño fardo de pieles. Un trozo de tabla, de las de partir carne y un mazo de madera.

(*) Entre los telones del “decorado” y la utilería, apenas si pesará todo diez kilos; con ello pretendemos que la compañía pueda viajar, con equipajes privados e impedimenta escénica, en un turismo.

ESCENA I

TELÓN DESCORRIDO DE LA CASA DE PATHELIN. SU ESPOSA GUILLERMINA Y ÉL, MALDICEN SUS PENALIDADES.

PATHELIN.- “¡Modus vivendi!” (*Modo de vivir*). ¡Por las angustias de Jesucristo! ¡María Santísima! Te das cuenta Guillermina, que por más ahínco que pongo para conseguir incautos a los que defender y litigios en los que medrar, malmetiendo cizaña a unos y otros, no entra por la puerta de ésta casa ni una mala moneda de cobre, pareciendo que estoy apestado para el dinero. ¡Y, por extrañas paradojas de la vida, no hace tanto tiempo vivía holgadamente de la abogacía! Soy un abogado diligente, y como no tengo pleitos me acerco a esperar bajo el roble, donde se administra justicia, para ver si me encargan algún caso. ¡Pero ni por esas! He llegado a pensar, que no sé si voy al frondoso roble, a lo dicho anteriormente, o a ahorcarme. ¡Quousque tándem! (*Hasta cuándo!*).

GUILLERMINA.- ¡Por los clavos de nuestro Señor! Hace días que no dejo de cavilar y de darle vueltas en el interior de mi cabeza a nuestra situación, pensado en el futuro que nos espera con tu profesión de abogado, porque francamente, por no tener, no tienes ya ni prestigio. No están tan lejanos los días en los que se abarrotaba nuestra casa de clientes que demandaban tus servicios para que les ganaras sus demandas, pero en los días que corren se burlan de tí llamándote el “árbol sin sombra”, vamos, abogado sin pleitos a los que atender.

PATHELIN.- (*SINTIÉNDOSE OFENDIDO Y ENVANECIÉNDOSE*). No es que me jacte, entiéndeme; pero me atrevería a decirte, que no existe en todos estos contornos, un varón con inteligencia más preclara, si exceptuamos al representante del Rey.

GUILLERMINA.- De acuerdo, porque ese tipo de cortesanos, que su majestad envía a los rincones apartados de su reino, siempre han estudiado años y años artes y ciencias desconocidas para nosotros.

PATHELIN.- ¿Serías capaz de nombrarme alguno al que yo no pudiera vencer en un pleito, si me emperro en ello? Siendo mi caso el de haber estudiado más bien poco a lo largo de mi vida; y sin embargo puedo recitar de pe a pa el misal, igual o mejor que el párroco, sin haber gastado mi tiempo en escuelas ni latines, como Carlomagno en España.

GUILLERMINA.- ¿Y para qué nos vale todo eso? Para nada, pues el hambre nos va a matar, los vestidos que tenemos se nos caen a trozos de raídos y viejos, que no se sabe ya si son de tela de araña, y lo peor es que no tenemos medio de comprar otros. ¡Así que no nos sirve de nada tu inteligencia!

PATHELIN.- ¡Enmudece! ¡Por mi honor, que si decidiera poner a trabajar mi zorrería y astucia, no se me resistiría el modo ni el sitio, en el que lograr vestidos y otras ropas de abrigo! (*DECIDE HACER LO QUE DICE*) Si nuestro Señor lo permite, se acabarán las penalidades y saldremos adelante. (*DECIDIDO*). ¡Por todos los santos! Nuestra suerte va a trocarse. Si fuera preciso me empeñaré en conseguir pleitos, y en esto no habrá nadie que pueda ponerse a mi altura.

GUILLERMINA.- ¡Por Caco! Tratándose de estafar, no se encontrará ninguno que pueda sobrepasarte.

PATHELIN.- ¡Por Dios que me trajo al mundo! Le enmendaré la plana a la misma rectitud de mi abogacía.

GUILLERMINA.- ¡Seguro, pero engañando! Con el tiempo, he llegado a comprender, y es la pura verdad, que sin que hayas estudiado gran cosa y siendo algo corto de

entendederas, tus convecinos te consideran la mente más esclarecida que existe en esta parroquia.

PATHELIN.- Es admitido por todos, que no hay otro que sepa más tretas y subterfugios que yo en el truculento mundo del derecho.

GUILLERMINA.- ¡Dios nuestro señor me perdone! ¡Sí, pero engañando! Ya que esa fama y reputación te dan.

PATHELIN.- El prestigio es para la nobleza y los altos dignatarios eclesiásticos, que visten con ropajes caros de camelote y gamuza. Y de algunos tales que dicen que son abogados, aunque todos sepamos que de ningún modo lo son. (*PEQUEÑA PAUSA*). Pensándolo bien, vamos a dejar de tratar estos asuntos, porque me ha entrado deseo de acercarme al mercado de la feria, ahora que aún es temprano.

GUILLERMINA.- ¿Al mercado de la feria?

PATHELIN.- ¡Sí, por San Juan! ¡Al mercado! (*JUEGA CON ELLA MIENTRAS LE RECITA GRANDILOCUENTE Y GALANTE*). "A la feria, mi galana vendedora de esencias". ¿No te causará enfado que compre buen paño o cualquier otra mercancía que nos sirva para nuestro hogar? Tú sabes mejor que yo que la ropa que vestimos no está presentable.

GUILLERMINA.- ¿Con qué dinero? No posees ni una moneda, ni tan siquiera media, ¿cómo te apañarás para comprar en la feria?

PATHELIN.- ¡Ni te lo imaginas, bella esposa! ¡Que mala rabia me mate, si para mi regreso del mercado de la feria, no te traigo paño con creces para que te sobre tras hacer dos trajes! Si no fuera así permitiré que me riñas y que te burles cuanto te apetezca. ¿Tienes predilección por algún color en especial?, ¿gris?, ¿pardo?, ¿verde?, ¿paño de Bruselas?, ¿O quieres otro color diferente?, es preciso que lo sepa.

GUILLERMINA.- Me conformo con el que consigas. A caballo regalado, no se le mira el diente.

PATHELIN.- (*HACIENDO CÁBALAS MENTALMENTE*). A ver... necesitamos... dos alnas y media para tí... y tres, o mejor cuatro, para mí... (*SUMA CON LOS DEDOS*). Si las sumamos... montan...

GUILLERMINA.- (*BURLÁNDOSE*). ¡Eso es! ¡Suma y derrocha sin reparar en gastos!, ¡qué hombre este! ¿Pero quién demonios te las va a dejar por tu cara bonita?

PATHELIN.- ¡En nuestra situación importa poco quien pueda ser! Conseguiré hacerme con ellas, no lo dudes, que ya haré cuentas con quien corresponda en el mismísimo juicio final, que antes no creo que sea.

GUILLERMINA.- ¡A pie juntillas daría fe de ello ante el mismo Satanás! Porque el bobo que se deje engañar, estará criando malvas mucho antes de que tú tengas intención, en esta vida, de pagar a nadie.

PATHELIN.- ¿Qué tejido me convendrá comprar más, el gris o el verde? También necesito para una camisa, ¿preciso tres cuartos de muselina? Dime, Guillermrina. ¿O una alna?

GUILLERMINA.- ¡Dios me ayude! ¡Vete, con todos los demonios! Y si te topas con alguno que no te conozca y te paga unos tragos, que sean a mi salud.

PATHELIN.- Ten mucho cuidado con lo poco que nos queda en nuestra casa. (*SALE*).

GUILLERMINA.- ¡Ay Señor y Dios mío! ¡Se vió nunca semejante comprador! ¡Dios quiera que no encuentre cosa alguna! (*RECOGE EL TELÓN Y SALE*).

ESCENA II

GUILLEMO, EL PAÑERO, AMIGO DEL VINO, SALE POR LA IZQUIERDA Y DESCORRE EL TELÓN DE SU PUESTO. PATHELIN, SALE POR LA DERECHA, CON CIERTO SIGILO, COMO BUSCANDO ZORRAMENTE A SU PRESA.

PATHELIN.- ¡Era por aquí? Quiero cerciorarme. Esta inseguridad no es buena para mis propósitos. (*DESCUBRE EL TENDERETE*). ¡Oh! ¡Naturalmente que es este el sitio! ¡Por la Santísima Virgen! (*SE SORPRENDE AL MISMO TIEMPO QUE SE ALEGRA*). ¡Los hados están de mi parte! ¡El hijo de aquel cretino ha decidido vender paños! ¡El cielo se me viene a las manos! (*CON SUMA FALSEDAD SALUDA A GUILLEMO, EL VENDEDOR DE PAÑOS*). ¡Dios se encuentre en este establecimiento!

GUILLEMO.- ¡Qué él os traiga alegre y contento!

PATHELIN.- Dios es testigo de los deseos y ganas desproporcionadas que he tenido en los últimos tiempos de poder saludarlos. ¡Qué digo saludarlos, de abrazarlos! (*LO ABRAZA MUY EFUSIVAMENTE*). ¿Cómo os encontráis de salud, Guillermo? ¡Con tanta fuerza y tan sano como pregoná a gritos vuestro aspecto?

GUILLEMO.- Por suerte, Dios me tiene así y le doy gracias por ello.

PATHELIN.- ¡Amigo mío, otro abrazo! ¡Y un apretón de manos! ¿Cómo os va?

GUILLEMO.- Todo lo bien que me permite serviros. ¡Y vuestros negocios y persona?

PATHELIN.- San Pedro es testigo, presto y completamente a disposición de lo que queráis mandar. ¡Os va bien? ¡El contento llena vuestra vida?

GUILLEMO.- ¡Mentiría si dijese lo contrario! ¡Así es! Pero ya sabéis que nunca llueve a gusto de todos... Y los mercaderes en ningún tiempo nos encontramos con la satisfacción colmada.

PATHELIN.- ¡Vendeís? ¡Hay trasiego de clientes? ¡Los beneficios son los necesarios para vuestros gastos de comida y vestido?

GUILLEMO.- ¡Uf! ¡Ah, Pathelin, Dios me ayude, no sabría decirle, aunque de todos modos, con esfuerzo y mucho sacrificio vamos saliendo adelante!

PATHELIN.- ¡Oh!, no digáis eso, con el comerciante tan inteligente que fue el padre vuestro (que seguramente Dios tendrá en su gloria). ¡Madre Dulcísima de Jesucristo! Tengo la sospecha de que sois el vivo reflejo de él. ¡Qué sabio, qué mercader tan extraordinario era y cómo llevaba la prudencia hasta sus últimas consecuencias! ¡Parece que estoy mirando su fiel imagen! ¡Su retrato redivivo! La misericordia de Dios, igual para todos sus hijos, tendrá la piedad que su alma merece.

GUILLEMO.- ¡Por los siglos de los siglos, amén! Y que su bondadoso amor nos premie a nosotros del mismo modo cuando nos llegue la hora.

PATHELIN.- Por mi salud, que fui puesto en antecedentes por vuestro padre, y en bastantes ocasiones, acerca de lo que presenciaríamos cuando los tiempos venideros se nos echasen encima; tengo siempre presentes sus sentencias. En aquella época tenía ya mucha fama y renombre de varón con acusada sabiduría y sensatez.

GUILLEMO.- Perdonadme que no os haya preguntado si queréis sentaros. Si lo deseáis detrás tengo un taburete, entro a por él y podréis descansar. Os pido mil perdones, pero se me va la cabeza con las preocupaciones del negocio y cada día soy más distraído.

PATHELIN.- Me encuentro muy bien de pie. ¡Cuerpo del mundo todo! ¡Por la Divina Forma! Vuestro padre poseía un don especial...

GUILLERMO.- Insisto en traeros el banquito...

PATHELIN.- ¡De ninguna manera! (*LE PONE LA MANO AMIGABLEMENTE SOBRE LOS HOMBROS*). Recuerdo, como si lo estuviese viendo y oyendo, que me decía “cosas veredes que os sorprenderán en grado sumo”. ¡Y vaya si las veremos! (*LE MIRA ESCUDRIÑÁNDOLO*). Podría juraros ahora mismo, que no he conocido jamás a un hijo que tenga un parecido más exacto con su padre que vos. La estatura, los pabellones de las orejas, las facciones y el óvalo del rostro, la nariz rectilínea, la comisura de los labios y la boca... ¡Y qué decir de los ojos! Vos sois él y él es vos... Perdonadme... pero este milagro hace que me embarulle. ¡La proporción del mentón! ¡Por Cristo, que dos gotas de agua no se parecerían tanto ni tan exactamente! Iría directo al infierno, ya lo creo, aquel que fuese con lengua de chismoso a vuestra madre, con el cuento de que no descendéis de vuestro padre, porque estaría metiéndose en camisa de once varas y malmetiendo bronca. Es incomprendible, de todo punto y razón, semejante igualdad; por lo que habría que preguntarse de qué habilidad alquímica se ha valido la Naturaleza, para conseguir tales proporciones en todos los órdenes y tan igual identidad. ¡Tanta semejanza casi llega a ofender! ¡Es una reencarnación! Si nos pusiésemos en el trance, Dios no lo quiera, de que os hubiesen estrellado a ambos contra un muro, de igual manera y en el mismísimo instante, con un porrazo mortal, sería imposible encontrar diferenciación alguna entre los dos. (*SE TOMA UN RESPIRO Y CAMBIA DE ASUNTO*). ¿Guillermo, y Lorenza, vuestra bella y agradable tía ha muerto ya?

GUILLERMO.- Vive aún. No, no ha muerto.

PATHELIN.- ¡Si vieraís cómo la conocí yo! ¡Qué esbeltez, qué hermosura, qué altísima, qué graciosidad y donaire! ¡Por la Madre Santísima de Nuestro Señor, que tenéis su mismo cuerpo, como si se tratara de dos esculturas de blanca nieve! En toda esta demarcación, estoy seguro que es imposible encontrar, si mi modesta opinión es escuchada, parecidos tan extraordinarios dentro de una misma familia. (*VUELVE A ESTUDIARLO RECREÁNDOSE*). Perdonadme, pero mientras más os observo... ¡Por Nuestro Padre Eterno! ¡”Sponte sua”! (*Por su voluntad*). (*ACUSANDO MÁS LA ACTITUD DE ESTUDIARLO*). Si os contempláis en un espejo, estaréis viendo a vuestro mismísimo padre, el parecido es tal como el que puede haber entre dos copos de nieve limpios y de igual tamaño, y sobre esto no me cabe duda alguna. ¡Qué juventud más valerosa tuvo, y qué hombría de bien encerraba su enorme corazón! Dejaba fiados sus géneros, sin aval alguno, a todo aquel que lo necesitaba. ¡Dios le guarde en su bendita gloria! Reíamos infinidad de veces, como buenos parientes, y sin freno ninguno. ¡Dios querría que la hez del mundo se le pareciera! ¡Un santo! No habría robos ni hurtos, como suele ocurrir en la actualidad. (*COMIENZA A PRESTAR ATENCIÓN A LOS TEJIDOS*). ¡Siendo todo paz y solaz! ¡Le digo que lo recuerdo, muy a menudo, como si se tratase de mi propio padre! (*EMPIEZA A TOCAR EL GÉNERO*). ¡Es de una trama y acabado perfecto este paño! ¡Suave y recio! ¡Qué delicado y agradable al tacto es! ¡Tierno y blando! ¡De una flexibilidad como la de las veletas de las torres, que nunca contradicen al viento!

GUILLERMO.- Lo mandé tejer con esa calidad, quiero que el valor de la lana de mi rebaño sirva para acredecir mi mercancía y mis ovejas.

PATHELIN.- ¡Huy, huy! ¡Sois un administrador de primer orden! Enorgullecerse del origen delata unos principios nobles. ¡Y trabajáis y trabajáis sin agotarlos nunca!

GUILLERMO.- ¡Qué le vamos a hacer! Si queremos vivir, tenemos que intentar superar los malos tragos.

PATHELIN.- (*COGE TODA LA PIEZA EN SUS MANOS*). ¡Cómo se nota que no está teñida esta lana! ¡Es asombrosa la perfección y la fuerza de este paño!

GUILLERMO.- No encontrará otro mejor en todo Rouen, os doy fe de ello, y en cuanto al acabado, va parejo con su calidad.

PATHELIN.- Siempre me sucede lo mismo, al primer golpe de vista me enamoro de las cosas. ¡Y por Dios Santo! Este paño se ha dado más prisa en engatusarme que ninguna mercancía hasta ahora, porque la verdad, no pensaba adquirir paño alguno cuando salí de mi casa, ¡por la crucifixión de Nuestro Señor! Tengo reservados ochenta escudos para abonar un alquiler, pero me da la coronada que aquí se quedarán veinte o treinta, o quizás más, pues el tejido me agrada de tal manera que, por mi parte, es inútil oponerme a un deseo tan fuerte.

GUILLERMO.- ¡Qué! ¿Escudos? ¿Pero todavía os aceptan esa moneda los rentistas?

PATHELIN.- Sí, sin ningún tipo de contratiempo se acomodan al pago que yo determine.

(*SE PASA LA PIEZA DE PAÑO POR LA CARA COMO SI GOZARA FUERTEMENTE AL TENER CONTACTO CON LA TELA*). ¡Sencillamente delicioso! En verdad, cuanto más lo veo me gusta mucho más. Y el caso es que preciso algunas alnas de paño para dos vestidos, uno para mí y otro para mi esposa.

GUILLERMO.- Es de un precio elevado ese paño. Si os empeñáis en adquirirlo, se os irán como el agua diez o veinte francos.

PATHELIN.- Su coste es lo de menos, y me importa poco; a mí con tal de que sea bueno, me da lo mismo. Tengo un pequeño tesoro escondido, quiero decir más dinero, del que ni mi mujer tiene noticia.

GUILLERMO.- ¡Dios sea alabado! ¡Benditos los ahorradores! ¡Por San Pedro, que me agradaría en extremo serviros!

PATHELIN.- Mi amor por esta pieza es inamovible, me tiene que vender lo que necesito.

GUILLERMO.- ¡Eso es hablar con cordura! Aunque es imprescindible que yo sepa qué cantidad queréis. Por supuesto que todo el tejido lo pongo a la disposición de vuestro albedrío, aunque no tuvieseis ningún dinero.

PATHELIN.- De eso podéis tener absoluta seguridad. Os agradezco el detalle y la deferencia.

GUILLERMO.- ¡Éste que tenéis en vuestras manos es la elección definitiva?

PATHELIN.- Oh, sí. Pero primero querría saber, ¿por cuánto me saldrá la primera alna? Aunque antes hay que atender a la protección divina. (*SACA UNA MONEDA DE UNA BOLSA VACÍA*). Pagaremos primero a Dios, pues es de justicia: este denario nos librará de comenzar esta venta sin que hayamos abonado el “óbolo divino”.

GUILLERMO.- Él os guarde, porque os comportáis como un honrado cristiano, agradándome mucho esa actitud. Bien, así que queréis saber su precio.

PATHELIN.- Justo, sí.

GUILLERMO.- Os sale a veinticuatro sueldos cada alna.

PATHELIN.- ¡Dios bendito! ¡Qué exageración! ¡Nada menos que veinticuatro sueldos? ¡”Deo volente”! (*Si Dios quiere*). ¡Por la Virgen Santísima!

GUILLERMO.- A mí me ha costado esa cantidad, ¡por mi alma! Así que si decidís comprarlo, me tendréis que pagar la misma suma.

PATHELIN.- ¡Por todos los diablos! ¡Es una fortuna!

GUILLERMO.- ¡No podéis figuraros cómo se ha encarecido el paño! Las desgracias naturales habituales y los insopportables fríos, han acabado por diezmar los rebaños.

PATHELIN.- ¡Dios me asista! ¡Veinticuatro sueldos! ¡Nada menos que veinticuatro sueldos!

GUILLERMO.- Pues estad cierto que lograré que alguien me satisfaga esa cantidad. De aquí a un par de días ya veréis como se ha doblado su precio. El vellón, que no hace tanto era abundantísimo, me salió por Santa Magdalena, doy fe de ello, por cuarenta denarios; y era la misma cantidad de lana que siempre había adquirido por veinte.

PATHELIN.- ¡Por todas las gotas de sangre de Cristo!, dejemos de discutir, ¡qué le vamos a hacer, si es lo que vale!

GUILLERMO.- ¿Qué cantidad precisáis?

PATHELIN.- Eso se sabe fácilmente. ¿Cuánto tiene de ancho?

GUILLERMO.- La anchura que se estila en Bruselas.

PATHELIN.- (*HACIENDO CÁBALAS*). Para mí tres alnas, y dos y media para Guillermínha, que vienen a sumar seis alnas. Eso es, ¿no? ¡Oh, no, no! ¡Qué mala cabeza tengo!

GUILLERMO.- No se preocupe, solamente le falta media alna para que sumen seis.

PATHELIN.- En ese caso vendedme seis justas, porque pienso decirle a mi mujer que me haga una capucha también.

GUILLERMO.- Precisamente tengo empaquetadas seis alnas, de este mismo paño, para un cliente que me dijo ayer que pasaría a última hora a recogerlas, y no vino... Él sabrá por qué. Así que preparadas y medidas están.

PATHELIN.- ¿Con toda exactitud?

GUILLERMO.- ¿Quiere que las mida de nuevo?

PATHELIN.- ¡De ningún modo! ¡El tiempo no es para perderlo en nimiedades! En los intercambios comerciales a veces se obtiene beneficio y otras no. Dígame, ¿a cuánto asciende la suma de todo?

GUILLERMO.- Cosa fácil es saberlo de inmediato. (*HACE SUS CUENTAS CON UNA ESPECIE DE ÁBACO*). Si cada alna vale veinticuatro sueldos, la suma de las seis alcanzan... los nueve francos. (*COGE EL PAQUETE DE DETRÁS DEL TENDERETE*).

PATHELIN.- Cerramos el trato con un apretón de manos y vuestra última palabra... ¿Total seis escudos?

GUILLERMO.- Exactamente. En efecto, es eso, sí.

PATHELIN.- De acuerdo, señor. ¿Me las podríais fiar solamente hasta que acabéis vuestra tarea aquí en el mercado de la feria, y lo que tardéis en llegar a mi casa? ¡Apenas si hace dos horas que amaneció! (*GUILLERMO, EL PAÑERO PONE CARA DE POCOS AMIGOS*). Lo de fiar es un decir. Fiar, fiar, no. El dinero será vuestro, en el momento en el que os acerquéis a mi puerta, en monedas de oro relucientes.

GUILLERMO.- ¡Por la Madre Santísima de Dios! Ese desvío me forzaría a dar un gran rodeo, me alejaría mucho de mi camino habitual.

PATHELIN.- ¿Qué? ¡Por San Gilberto! Me consta que vais en todo momento con la verdad por delante. ¿Se convertirá esa “religión”, de ir anteponiendo la verdad delante de todo, en vuestro defecto más deleznable? ¡Os alejaríais demasiado! ¿Así que el hecho de visitarme no tiene importancia para vos? ¿Y trasegar el mejor vino que hayáis probado nunca, tampoco lo consideráis un acto de amistad? ¡Pues beberéis mi vino a la salud de vuestro padre!

GUILLERMO.- ¡Por Santiago!, me paso el día bebiendo. Si os empeñáis no tendré más remedio que ir, pero no es de buen agüero fiar la primera venta.

PATHELIN.- Os debiera convencer y bastar que vuestro primer cliente sea un hombre de "fiar". Un honrado abogado que paga con hermosos y brillantes escudos de oro. (*DA UN ALARIDO*). Ah, se me olvidaba, con este achaque de cobrar cataréis el pato que ha guisado mi mujer.

GUILLERMO.- (*EN UN APARTE*). Que me quemen en la hoguera, si este hombre no me vuelve loco. (*A PATHELIN, NO MUY CONVENCIDO*). Bien, adelantaos. Deprisa. Que yo me comprometo a llevaros las seis alnas de tejido.

PATHELIN.- ¡Faltaría más, me niego a daros trabajos innecesarios! ¡No es ninguna molestia para mí llevar el paquete! (*EMPIEZA UN TIRA Y AFLOJA DE LOS DOS*). ¡Por nada del mundo lo permitiré! ¡Pues no voy a ir gallardo llevándolo bajo mi brazo!

GUILLERMO.- No debéis preocuparos, lo mejor es que, dada vuestra categoría, sea yo quien lo lleve.

PATHELIN.- ¡Poca consideración tendría yo hacia vos, si permitiese semejante cosa! ¡En la fiesta de Santa Paz, que es hoy, lo más sensato es no disputar, por lo que no consentiré que sufráis molestia alguna por mi causa! ¡Mi palabra es ley! ¡El paño bajo mi brazo con siete llaves! (*MUY DECIDIDO SE GUARDA LAS SEIS ALNAS DE PAÑO EN LAS PROFUNDIDADES DE SU VESTIDO*). ¡A veces una joroba como la que forma este tejido de paño, enterrado bajo mi brazo, da buena suerte! (*PARA SÍ*). Comprar el paño ha sido un milagro. (*A GUILLERMO, EL PAÑERO*). Loco de contento estaréis al despediros de mí, porque la comida y el buen vino os saldrán por las orejas, de la cantidad que habréis tomado.

GUILLERMO.- Lo prometido es deuda, me pagareís incluso antes de comer y beber, nada más llegar a vuestra casa.

PATHELIN.- Que no pueda pagar a nadie más si no lo hiciere así. ¡Oh! ¡Por todos los banqueros de París! Estad seguro que no tendréis la más mínima queja sobre este asunto. No es la primera vez que me pasa, porque como no llevo jamás encima ninguna suma de dinero, todo para no ser víctima de los ladrones. Pero el vino que tengo en mi casa os compensará de cualquier inconveniente que sufráis. El buen padre vuestro, ya difunto, al pasar frente a él solía gritarme: "¡compañero!" o "¡qué me cuentas!" o "¡en qué te entretienes!"; pero los que ya habéis alcanzado la fortuna, los poderosos, no charláis nunca con los que no tenemos riqueza.

GUILLERMO.- ¡Por Cristo resucitado y su Sangre Santa! Pero, si es al contrario, vos sois el rico y yo el pobre.

PATHELIN.- (*INICIANDO EL MUTIS*). ¡A quién queréis engañar! Ya, ya... ¡Qué Dios os guarde! Os espero en mi casa para tomar unos tragos y comer; mi honra y gala es esa.

GUILLERMO.- Descuidad, que allí estaré. Adelantaos vos, y tened el oro preparado.

PATHELIN.- (*YÉNDOSE*). ¡Y qué oro! Dadlo por hecho. ¡El mejor oro! ¡Por los diablos! ¡Jamás falté a mi palabra! (*EN UN APARTE*). ¡Éramos pocos y parió la abuela! ¡Su oro! ¡Que lo ahorquen! ¡Por todos los diablos del infierno! Me ha estafado vendiéndome a su precio y no al que yo pretendía, y encima se emperra en que le pague. Y cobrará, pero a la manera de Pathelin. ¡Que quiere oro! ¡Así le brotará por las orejas! ¡Que Dios le dé la clase de oro que yo le deseo y que no pueda dejar de correr hasta que se sacie completamente! ¡Por San Juan, recorrería más distancia que de aquí a Pamplona! (*SALE*).

GUILLERMO.- (EN UN APARTE). El oro, en forma de escudos, que ponga en mis manos no volverá a ver jamás la luna ni el sol, porque lo depositaré en el fondo del arca, junto con monedas hembras y machos, a ver si les diera por procrear; evitando de ese modo que me sean robados. El picapleitos es más tonto que embaucador, pagándome a veinticuatro sueldos cada alna, fabricada con un paño que no vale ni la mitad. (*GUILLERMO, RECOGE EL TELÓN DE SU PUESTO Y SALE*).

ESCENA III

SALE GUILLERMINA, DESCORRE EL TELÓN DE SU CASA, Y COMIENZA A PASEARSE DE UN LADO A OTRO CON PREOCUPACIÓN. ENTRA PATHELIN, CONTENTO Y DICHRACHERO.

PATHELIN.- ¡Qué! ¿Lo conseguía o no lo conseguía?

GUILLERMINA.- ¿El qué, bribón?

PATHELIN.- ¿Quién va a hacerse un vestido nuevo?

GUILLERMINA.- ¡El que sea agraciado con un milagro! ¿Qué has mercado?

PATHELIN.- Aquello que más nos hacía falta. ¿No te prometí que no volvía de vacío? (*SE SACA LAS SEIS ALNAS DE PAÑO, DE DEBAJO DE SUS ROPAS*). ¡Ajajá! ¡Por todas las ovejas de Francia! ¡Mira qué tesoro! ¿No será este el paño que deseabas?

GUILLERMINA.- ¡Madre del amor hermoso! ¡Virgen Santa! ¡Porque mi alma encuentre la salvación, a pesar de pertenecer a una pecadora como yo...! Pero un momento, un momento, un momento. Este paño no es trigo limpio; esto lo has conseguido embaucando a alguien... estafando a algún incauto. ¡Como si lo viera! ¿De dónde has sacado tal riqueza? ¡Huy, huy, que me temo lo peor! ¡Y esto tendrá que pagarla alguien!

PATHELIN.- ¿Quieres saber si estamos obligados a pagarla? ¡Por San Juan, está pagado y requetepagado! El comerciante que me lo vendió, mujer desconfiada, no tiene un pelo de tonto. ¡Que lo ahorquen por sus incontables pecados, porque lo he estrujado como a un limón! El usurero, truhan y corta faltriqueras, tiene protegidas sus espaldas con el dinero que roba con sus precios.

GUILLERMINA.- ¿Qué cantidad te ha costado?

PATHELIN.- No hay que preocuparse; no he dejado ninguna deuda; lo pagué con creces.

GUILLERMINA.- ¡Qué hombre este! No disponías ni siquiera de un denario. ¿Con qué dinero lo pagaste? ¡Cómo que pagado!

PATHELIN.- ¡Por las treinta monedas que compraron a Cristo! Claro que poseía, compañera recelosa, yo era dueño de una moneda "parisi".

GUILLERMINA.- ¡Ya sabía yo! ¡Muy gracioso! Tú has logrado este tejido a través de una garantía o la rúbrica de alguien... un aval que nos saldrá caro, y después cumplido el plazo, llegarán, se nos echarán encima, seremos detenidos y desposeídos de nuestras pertenencias.

PATHELIN.- ¡Por la sangre bendita de Nuestro Señor! Todo su coste ha sido un denario, te lo aseguro.

GUILLERMINA.- ¡Madre Nuestra! ¿Nada más que un denario? ¡No me lo puedo creer!

PATHELIN.- ¡Qué pierda éste ojo por una sentencia contraria, si su precio último no es ese; ni exigiéndomelo pagaré una migaja de más!

GUILLERMINA.- ¿Cómo se llama el acreedor?

PATHELIN.- Le apodian "limosna de aire", y su nombre es Guillermo, si te empeñas en saber quién es.

GUILLERMINA.- ¿De qué ardides te has valido, para conseguir este paño por un solo denario?

PATHELIN.- Ante Dios soy inocente, puesto que ha sido por "su denario", por el denario de Dios, como lo he conseguido. Ya sabes que ninguna transacción ha de quedar sin que se ofrezca ese impuesto simbólico a Nuestro Señor; yo lo propuse así nada más comenzar a negociar el precio y él "aceptó", como es costumbre. De haber sido un poco más cicatero, también me lo hubiese ahorrado, "el denario de Dios", si le hubiera espetado: (*HACIENDO UN GESTO DE IMPÈRATIVA INMEDIATEZ*) "trato hecho". ¡Espero no verme ahorcado como Iscariote! ¡Por mi sombra, que he hecho el trabajo propio de un prestamista! Así que tanto él como Dios deberán ir a partes iguales, si se avienen a ello, porque es lo único que conseguirán por mucho que intenten obligarme, gimoteen o clamen.

GUILLERMINA.- ¿Siendo un comerciante tan desconfiado y tacaño, por qué consintió que te trajeras el tejido?

PATHELIN.- Por la Madre de Dios, le he dicho tal cantidad de requiebros, dado tal coba y adulación, que no me lo ha regalado de milagro. Le hablé de la competencia de su difunto padre. Le doré la píldora diciéndole: "¡hermano, vuestra procedencia es de una cuna excelente! En toda la parroquia su familia es la que más elogio merece". Pero Dios es testigo, y lo pongo como tal, que es hijo del pícaro más redomado, trapisonista, usurero y tacaño que haya nacido en estos reinos. "¡Oh!", le dije, "¡hijo Guillermo, de qué manera más exacta os parecéis al padre vuestro!" Con qué zalamería, Dios lo sabe bien, fui preparando la carnaza, encelándole con un apetitoso cebo, mientras que entretejía acarameladas palabras adulatorias y referentes a la calidad de su negocio y de sus paños. Y proseguí añadiendo, "¡Santa María, qué varón vuestro padre, qué predisposición de humilde servicio a sus clientes, al fiar su género sin aval alguno! ¡Era vuestra misma imagen!" Cosas inciertas totalmente, porque su difunto padre, si lo fue, no habrá sido admitido en el infierno por indeseable, y el Satanás de su hijo, se dejaría ahorcar y arrancar los miembros de su cuerpo, uno a uno, primero que dar uno solo de sus cabellos, fiar un soplo de aire, o regalar una simple buena intención. Más, concretando, para no hacerlo largo, he librado una batalla tan reñida con él y hablado en tales términos que, medio convertido en burro, no ha tenido más remedio que fiamse seis alnas.

GUILLERMINA.- ¿Sin que tengamos que devolverlas?

PATHELIN.- ¡Primero muerto, antes que devolverle ni una brizna de la lana de este paño! ¡Que el diablo le devuelva lo que crea conveniente!

GUILLERMINA.- Tus tretas y destreza, como primer embaucador de la comarca, no tienen comparación posible con la fábula de la zorra y el cuervo. Este paño ha pasado a tus manos, por las muchas adulaciones con que has sabido dejar fuera de combate a ese avariento comerciante. ¡Virgen Santa! ¡Con qué hombre fui a casarme! ¡El día que tu habilidad fracase, nos veremos en la horca de la plaza de Rouen!

PATHELIN.- No ha nacido el cordelero que haga la soga con la que me puedan ahorcar. Escucha, que lo que voy a decirte conviene a nuestros intereses. Para acabar de engatusarlo, le invité a comer y beber en nuestra casa. A comer pato, por más señas. Como ha de llegar, te voy a poner en antecedentes, sobre lo que debemos hacer, para ganar esta guerra. Seguramente vendrá, apenas en un rato, dando voces a grito pelado, para amedrentarnos y conseguir que le paguemos cuanto antes. Como soy zorro viejo, se me ha ocurrido la siguiente estratagema. Me meteré en la cama, simulando que estoy muy enfermo, de la cabeza más que de

otra cosa. Cuando aparezca por aquí, le obligarás a que hable en susurro. Diciéndole. "¡Chiss! ¡No gritéis, todo lo que habléis decidlo en voz baja!", y como una Magdalena llorarás anegada en lágrimas, con cara de estar asistiendo a mi agonía, a mi funeral. Te desesperarás lastimeramente diciendo "¡Ay de esta pobre mujer!", y proseguirás mesándote los cabellos, "¡se encuentra muy enfermo desde hace mes y medio!". Y si te replica: "¡No es verdad, no diga patrañas, ha estado en mi puesto del mercado de la feria esta misma mañana a primerísima hora!" Proseguirás, "¡no se burle de esta angustiada e indefensa mujer!" "¡Ay de mi mala suerte!" Y quedará con dos palmos de narices, sin que pueda decir ni pío, ni esta boca es mía.

GUILLERMINA.- Por este magnífico paño, haré tan a lo vivo y real mi papel, que tragará el anzuelo. Más, si saliese el asunto tan mal como la santidad del diablo, y viniese la justicia a prenderte, por volver a las andadas, tengo temor de que te metan en prisión dos veces más tiempo que la última vez.

PATHELIN.- ¡No pierdas cuidado! ¡Tranquilidad ante todo! Bien sé lo que me traigo entre manos, actúa tal y como te lo pido.

GUILLERMINA.- ¡Dios nos asista! ¡Recuerda el sábado de marras, cuando te llevaron con el sambenito por las calles hasta la feria y te azotaron en la picota, exponiéndote a la vergüenza pública; siendo la rechifla de los otros abogados y el blanco de los insultos y chillidos de toda la población! Tus truhanerías fueron la causa.

PATHELIN.- No le des más a la sin hueso, estaré a punto de llegar de un instante a otro, y el tiempo empieza a darnos dentelladas. El paño tiene que ser nuestro. Nada más verle por la ventana, me meto en la cama.

GUILLERMINA.- ¡Sea lo que Dios quiera!

PATHELIN.- ¡Y mucho ojo que no te de la risa floja!

GUILLERMINA.- Ni por esas, no tengas cuidado ni sientas preocupación alguna. Como llorar, lloraré a moco tendido, más que un sauce, de tal modo y tan a lágrima viva, que a poco que se descuide, lo ahogaré.

PATHELIN.- Nuestra entereza y actitud han de ser tan firmes y de tal suerte, que no pueda sospechar ni lo más mínimo. ¡Vamos sin más tardanza! Ve haciendo las labores de la casa, mientras yo vigilo a través de la ventana, para verlo venir. (*SALEN AMBOS*).

ESCENA IV

GUILLERMO, EL PAÑERO, LLEGA A UN ÁREA QUE SE SUPONE QUE ES LA PUERTA DE LA CASA DE PATHELIN. LLAMA CON PREPOTENCIA.

GUILLERMO.- ¡Ah, de casa! (*PARA SÍ. APARTE*). Espero no confundirme y que ésta sea la casa del abogado Pedro Pathelin. Soy medio tonto, sabiendo que venía a la casa de este picapleitos, invitado a comer y a beber, me he metido entre pecho y espalda medio azumbe de vino. Tendré que darme prisa en cobrar mi dinero, antes de que la niebla que el vino provoca en el cerebro haga de las suyas. (*TONO NORMAL*). ¡Ah, de casa! ¡Ah, de casa! ¡Ah, de casa! ¡Eh! ¡Abogado, Pedro Pathelin! ¡Ah, de todos los diablos! ¡No hay nadie! ¡Ah, de casa!

(*PATHELIN, APARECE DENTRO Y PRECIPITADAMENTE SE METE EN LA CAMA, TRAS HACERLE OSTENSIBLES GESTOS A SU MUJER PARA QUE "ABRA LA PUERTA"*).

GUILLERMINA.- ("ABRIENDO", MIENTRAS PIDE SILENCIO CON EL GESTO Y CON EL TONO A GUILLERMO, EL PAÑERO). ¡Por dios, mi buen señor! ¡Por los

clavos de Cristo! ¡Lo que tengáis que decir, decidlo más bajo! ¡Tened misericordia de un pobre enfermo! ¡Chiiisss!

GUILLERMO.- (ALGO SORPRENDIDO). Buenos días, señora. Dios sea en esta casa.

GUILLERMINA.- ¡Chiiisss! ¡Ay, Dios mío! ¡Chiiisss! Os he dicho más bajo, ¿no me oís?

GUILLERMO.- ¿Pues qué sucede?

GUILLERMINA.- Os pido encarecidamente, por su salud y por mi alma...

GUILLERMO.- ¿Por la salud de quién?

GUILLERMINA.- Por la suya.

GUILLERMO.- ¿Por la mía?

GUILLERMINA.- No, por la de mi esposo.

GUILLERMO.- ¡Supongo que está en la casa!

GUILLERMINA.- ¿Quién?

GUILLERMO.- Quién va a ser, Pathelin.

GUILLERMINA.- ¡Ay! ¡Cómo no va a estar! ¡Si está que se muere, de enfermo!

GUILLERMO.- ¿Quién se encuentra enfermo?

GUILLERMINA.- ¡Ay! Mi señor, ¿quién si no? ¡Y me pregunta que si está! ¡Dios es testigo de que está! ¡Y cómo está! ¡En la cama metido se encuentra, padeciendo martirio, hace seis semanas largas, sin poder ni menearse!

GUILLERMO.- ¿Pues de quién me habláis?

GUILLERMINA.- ¡Chiiisss! Os pido perdón, pero no debéis hablar a tono normal, y mucho menos alto. Está a duerme vela y reposando sus muchas fatigas, se encuentra medio muerto. ¡Ay! ¡Qué dolor! ¡Pobre esposo mío, qué muerte más perra va a tener! ¡Carbunclo, bubas, flatulencias, fiebre del moquillo, la orina negra como la muerte, y disentería, que se me va como un río!

GUILLERMO.- ¿Pero quién tiene todas esas pestes juntas?

GUILLERMINA.- ¡Pues quién va a ser, mi Pathelin de mi alma! ¡En plena juventud, y viuda!

GUILLERMO.- ¿Hablamos del mismo hombre? ¿No se ha llegado hace apenas una hora, al mercado de la feria, a por seis alnas de paño?

GUILLERMINA.- ¡Él! ¿Desde cuándo un hombre a punto de expirar, a las puertas de la muerte, va a ningún sitio?

GUILLERMO.- Sin duda que acaba de venir con las seis alnas de paño. Liquidadme los nueve francos y me iré, no quiero perder mi tiempo, ni mucho menos ser entretenido con letanías del jaez de las que me contáis. ¡El oro que me adeuda el señor Pathelin!

GUILLERMINA.- ¡Oh, no os burléis con semejantes bromas! ¡No es la ocasión muy propicia!

GUILLERMO.- ¡Que se me abonen mis nueve francos! ¡Os encontráis bien de la cabeza? ¡El dinero contante y sonante es lo que quiero!

GUILLERMINA.- ¡Ah, mi buen comerciante! No creo que sea muy noble, por vuestra parte, querer estafar a gente honrada. Si deseáis burlaros de algún tonto, id al hospital de los locos.

GUILLERMO.- ¡Que se una el cielo con la tierra, si no cobro mis nueve francos! ¡Y en oro!

GUILLERMINA.- Mi buen comerciante, en algunas casas no reina la alegría como para que andéis gastando bromas a sus puertas.

GUILLERMO.- Oídme sin chanzas, os lo imploro; hacedme el favor de llamar al señor Pathelin.

GUILLERMINA.- ¡Maldigo vuestra tozudez! ¿Continuaréis con esta “cantinela” el día entero?

GUILLERMO.- ¡Por todas las Potencias! Decidme, ¿me encuentro en la casa del abogado Pathelin?

GUILLERMINA.- ¡Por mi mala suerte, sí! (*MIRANDO AL CIELO Y EN UN APARTE*). Que oiga mi plegaria San Maturín, que hace y deshace en el interior de las cabezas de los locos, y os ase el cerebro como una castaña. (*APARTE*) ¡Pero en ningún caso el mío! (*A TONO NORMAL*). ¡Chiiisss! ¡Habladme muy bajo!

GUILLERMO.- ¡Que el diablo me eleve por encima de los tejados! ¿Vais a prohibirme que lo pregunte?

GUILLERMINA.- ¡Dios me asista! Si no queréis despertarlo, hablad tan bajo como los mudos en el infierno.

GUILLERMO.- ¿Qué entendéis vos por bajo? ¿Al oído, en un pozo profundo, o en lo hondo de una cueva?

GUILLERMINA.- ¡Por Jesucristo! ¡Malparís las palabras por la abundancia con que las habláis! ¿Nunca cejáis en vuestro comportamiento charlatán?

GUILLARMO.- ¡Que Dios me condene si es mi intención hacerlo apostar! Si tanto os preocupa que no grite... ¡Acercaos a mí, para que me oigáis! ¡No querréis que hable tan bajo como una piedra, porque esas brujerías no las he podido aprender! Lo innegable, por evidente, es que el abogado Pathelin, ha conseguido que le fíe hoy seis alnas de paño.

GUILLERMINA.- (*MEDIO GRITANDO Y MESÁNDOSE LOS CABELLOS*). ¡Por el amor de Dios! ¡Es irritante! ¿El día entero me vais a tener con esto? ¡Así el diablo me posea ahora mismo! Veamos. ¿Qué insinuáis cuando decís: "le he fiado"? ¡Oh! ¡Que ahorquen al embustero! El abogado Pathelin, mi marido, se encuentra en un estado tan lamentable, que no ha salido de la cama hace más de seis semanas. ¿Pretendéis burlaros en nuestra cara, de nosotros, con vuestras "trapisonadas" y embustes? Contestadme, ¿Es de justicia y razón esto que afirmáis? ¡Marchaos de mi casa! ¡Por la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, qué desventurada que soy!

GUILLERMO.- ¡Me pedís que hable muy bajo! ¡Por la Virgen Santísima! ¡Y gritáis como un pregonero!

GUILLERMINA.- (*INDICÁNDOLE CON EL TONO Y CON GESTOS QUE BAJE LA VOZ*). ¿Ahora me culpáis de vuestros aullidos? ¡Sin duda que sois vos, por mis pecados, el que habla metiendo ruido y matraca!

GUILLERMO.- ¡Bien, bien, bien! Como deseáis que me marche: pagadme mi dinero.

GUILLERMINA.- (*GRITANDO COMO UNA POSESA*). ¡Queréis hablar más bajo! ¿Lo vais a hacer o no?

GUILLERMO.- Vos sois quien acabará despertándolo. Gritáis veinte veces más fuerte que yo. ¡Por Cristo redivivo! Pagadme, os lo suplico.

GUILLERMINA.- ¡Bueno es eso! ¿Habéis bebido? ¿Os habéis vuelto loco? ¡Por Cristo, Nuestro Señor!

GUILLERMO.- ¿Yo borracho? ¿Yo loco? ¡Maldito sea San Pedro! ¡Ahora se deja caer con semejante pregunta!

GUILLERMINA.- ¡Uy! (*GRITANDO*). ¡Mucho más bajo!

GUILLERMO.- ¡Por San Jorge! Os imploro, de buenas maneras, que me paguéis el precio del paño, acordado con Pathelin.

GUILLERMINA.- (*A GRITO PELADO*). ¡Padecéis apariciones fantasmales! ¿A quién le disteis el género?

GUILLERMO.- Al abogado Pathelin.

GUILLERMINA.- ¡Tiene el cuerpo para jotas! ¡Para adquirir paño! ¡Ay, no queréis entender que no puede moverse, que maldito el paño que precisa! Sabed que en unas

horas su vestido será un blanco sudario, y no irá a ninguna parte por su cuenta, si no es en andas y con los pies por delante.

GUILLERMO.- ¡Esos maitines los cantará de poco tiempo acá, porque, apenas clareaba el día, esta mañana me ha dicho misa más fresco que una lechuga!

GUILLERMINA.- (*ESTRIDENTEMENTE CHILLONA*). ¡Ah, qué voces pegáis! ¡Qué tono de voz tan alto poseéis! ¡Queréis hablar mucho más bajo, por amor de Dios!

GUILLERMO.- Quien habla a gritos sois vos. ¡Por Cristo, Nuestro Señor! ¡Jamás me sucedió un caso de tanta violencia! ¡Si me pagan, me marcho! (*EN UN APARTE*). (Es desesperante, en toda mi vida no me pasó nada parecido).

PATHELIN.- (*SACANDO LA CABEZA DE DEBAJO DE LAS SÁBANAS. CON TONO LASTIMERO Y QUISQUILLOSO*). ¡Guillermina! ¡Tráeme agua de rosas! Siéntame en la cama. ¡Ay, qué sudores de muerte! Elévame y ahuécame el almohadón. ¡Deben ser las últimas ansias! ¡Ay, Dios mío! ¿Me oyes, mala pécara? ¿A qué fantasma le hablo? ¡La escupidera! ¡La sed me abrasa y tengo ganas de beber! ¡Quiero el orinal para mojarme los labios! ¡Dame friegas de vino en los pies!

GUILLERMO.- (*ESTUPEFACTO*). Por fin lo oigo... Y le veo ahí en la cama...

GUILLERMINA.- (*EN UN GRITO*). Sí. ¡Pobrecito de mi alma!

PATHELIN.- ¡Ah, mala mujer!, ¡víbora, vente conmigo al infierno! ¿Te he ordenado yo, y no me mientas, que abrieras de par en par ventanas y puertas con corrientes tan traicioneras? ¡Cúbreme, espanta con sahumerios esa Santa Compañía de negro! ¡Marmara, carimari, carimara! ¡Échalos! ¡Échalos! (*DANDO UN GRITO TERRORÍFICO*). ¡Aaayyy, Dios mío, esto qué anuncia!

GUILLERMINA.- ¡Santo Dios! (*ACERCÁNDOSE A LA CAMA*). ¿Esto qué es? ¿Por qué te rebrincas de ese modo? ¿Se te ha ido el poco juicio que tenías?

PATHELIN.- ¡Tú no padeces lo que yo padezco! (*MUY ALTERADO*). ¡En ésta sala hay un alma de brujo del otro mundo, que vuela de noche sobre una escoba, lanzando tétricos graznidos como las lechuzas! ¡Y salta por los aires, diciendo palabrotas contra los tenderos! ¡Agárralo por los cuernos y ponle en el cuello la estola que lo desencantemos! ¡El gato también vuela! ¡El gato también vuela! ¡Y es negro, como las intenciones de los mercaderes! ¡Cógelo y lo ahogas con el refajo! ¡Cómo se eleva! ¡Se está orinando en el techo! ¡"Consummárum est"! (*Todo se ha acabado*). ¡Los orines me han caído en la cara! ¡Los ojos se me abrasan!

GUILLERMINA.- ¿En esto has venido a dar? ¿No te avergüenzas? ¡Estás en extremo acalorado!

PATHELIN.- ¡Todos los que fueron condenados por mi culpa, me persiguen con su guadaña! ¡Los matasanos me han vuelto el cerebro de agua, con tantas pócimas como me han obligado a tragar! ¡Qué paradoja! ¡Me matan poco a poco, porque soy un buen enfermo, y estoy obligado a obedecer! ¡Hay que acatar sus decisiones, aunque me manipulen como un cadáver al que diseccionan los anatómistas!

GUILLERMINA.- (*GRITANDO*). ¡Ay, se apaga la luz de mis ojos! ¡Acercaos a ver esta sombra de hombre! ¡Qué enfermedad tan cruel!

GUILLERMO.- ¿Realmente está tan en las últimas? ¿Instantes después de venir de la feria?

GUILLERMINA.- ¿Qué feria?

GUILLERMO.- Naturalmente, por San Juan Evangelista; estoy seguro de que estuve conmigo. (*HABLA A PATHELIN SILABEANDO, COMO SI ESTUVIESE SORDO; CON LAS MANOS HACE HINCAPIÉ, ACENTUANDO SU GESTO, PARA HACERSE ENTENDER*). Pathelin, he venido a que me pague el oro del tejido de paño que os he cedido fiado.

PATHELIN.- (*EQUIVOCÁNDOSE APOSTA Y TOMANDO A GUILLERMO, EL PAÑERO, POR UN DOCTOR O MATASANOS*). ¡Me parecéis la sombra de la muerte! ¡Ay, madre de mi alma, qué ansias tan horrendas! ¡Oh, médico Juan! Al dar de vientre, mejor, al irme por las patas abajo, he expulsado dos bolas negras como nueces y más duras que el granito. ¡En el orinal sonaron cual badajo de campana que tocase a difunto! ¿Va a hacerme tomar otra ayuda? ¿Más lavativas de las que escuecen?

GUILLERMO.- ¡Y a mí qué me cuenta! ¡Yo no sé nada de eso! Lo que he venido a cobrar son mis nueve francos.

PATHELIN.- ¿Por qué decís que son píldoras esos pedazos de acero con estrías? Me destrozaron los dientes y las mandíbulas me las han dejado hechas arena. ¡Por Nuestro Señor Jesucristo! ¡No me obliguéis a tragar y masticar ese suplicio, mi buen doctor! ¡He vomitado más de la mitad de los demonios que tenía dentro! ¡Ayyy! ¡En mi vida había tragado bilis ni veneno tan insufrible!

GUILLERMO.- ¡Dejadme en paz, con vuestras simplezas! ¡Quiero mi paño o que me paguéis mis seis escudos!

GUILLERMINA.- ¡A las personas tan inoportunas habría que ahorcarlos por su mugriento pescuezo! ¡Fuera de ésta casa, con el beneplácito de todos los diablos, puesto que no será nunca con el de Dios!

GUILLERMO.- ¡Por el bendito Dios que me hizo nacer, no cederé jamás si no me devuelven mi tejido de buen paño, o me pagan mis nueve francos!

PATHELIN.- ¿Mis micciones de orina, no son señal segura de que me muero a chorros? ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Sed sincero con este moribundo, y sea mi mal el que sea, decidme que no me moriré!

GUILLERMINA.- (*AL PAÑERO, MUY EXALTADA*). ¡Fuera de una vez! ¡Cómo os atrevéis a martirizarlo de esta manera!

GUILLERMO.- ¡Aquí no hay más martirio que el de mi bolsa! ¡Dios no permita que os salgáis con la vuestra! Escuchadme, no me hace ninguna gracia que me defrauden seis alnas de paño.

PATHELIN.- ¡Si mis deposiciones pudieseis reblanecerlas, doctor Juan!, le han declarado la guerra a mis almorranas de tal suerte endemoniada, que no sobreviviré si he de ir otra vez al retrete.

GUILLERMO.- ¡Os exijo mis nueve francos; ahora mismo, por las buenas, o juro, por San Pedro de Roma, que maldeciréis este día más que yo!

GUILLERMINA.- (*A GRANDES GRITOS*). ¡Ay, misericordia divina! ¡Cómo os atrevéis a crucificar a un hombre moribundo! ¿Cómo podéis tener tanta maldad? ¡No estáis siendo testigo vos mismo de que os toma por el doctor! ¡Ay! ¡Castigo del cielo! ¿No seréis Satanás reencarnado en forma de pañero? ¡Ay, mi marido! ¡Ay, indefenso cristiano! ¡No veis que la desgracia se ha cebado en él! ¡Más de seis semanas lo tengo postrado en los brazos de la muerte, esperando que esa cama acoja su último estertor!

GUILLERMO.- (*A PUNTO DE TRAGAR LA FARSA QUE LE ESTÁN REPRESENTANDO*). ¡Por los clavos de Cristo! No me explico de qué manera le ha podido acaecer esta desgracia, puesto que hoy mismo estuve en mi puesto y acordamos un trato los dos; quiero creer que así fue, aunque no sé ya qué pensar.

GUILLERMINA.- (*GRITANDO CUANTO PUEDE*). ¡Por la Virgen Santísima! ¡Habéis dejado el cerebro en vuestra casa? ¿Tenéis el entendimiento del revés? ¡Os aconsejo paños humedecidos con agua fría en la frente, os harán bien! ¡Y descansad cuanto podáis! ¡Las malas lenguas difundirán que habéis llegado a mi

casa, para arrastrarme al pecado y al adulterio! ¡Marchaos; antes de que vengan los médicos!

GUILLERMO.- Si yo no pienso mal, no me importa lo que piensen los otros.

GUILLERMINA.- Pero a mí, sí.

GUILLERMO.- (*EN UN APARTE*). ¡Maldición de maldiciones! ¿Me habré confundido hasta extremo semejante? (*A GUILLERMINA, INSISTIENDO DE NUEVO*). ¡Por la misericordia de Jesucristo! Señora, yo estoy seguro que...

GUILLERMINA.- ¡Qué cruz! ¡Obcecado sois!

GUILLERMO.- ¿Estabais cocinando un pato, no?

GUILLERMINA.- ¿Ahora me salís con esas? ¡Por mi vida, señor! ¿Es esa comida para sanar a un enfermo? ¡Id a otra parte a comer gratis, o en todo caso almorzaos los patos de vuestra propiedad, y así os harán más gracia vuestras burlas! Carecéis de preocupación alguna, a fe mía.

GUILLERMO.- Perdonad, os pido que no os hagáis mala sangre, creía con certeza que...

GUILLERMINA.- ¿Tornáis con la matraca? ¿Insistid de nuevo?

GUILLERMO.- ¡Por las ánimas de mis antepasados! ¡Me estáis volviendo loco! ¡Me marcheo! ¡Adiós! (*SALE DE LA CASA DE PATHELIN, QUEDÁNDOSE EN UN ÁREA DE LA DERECHA DEL ACTOR. EN UN APARTE, AL PÚBLICO*). ¡Con razón estaba tan intranquilo! ¡Creí que dejando al cuidado del puesto a mi criado cobraría antes! ¡Ni por esas! ¡Por todos los diablos! Tengo que asegurarme; si él no se las trajo, en mis existencias tiene que haber seis alnas de más... La mujer del picapleitos me saca de mis casillas, llegando a ponerme la cabeza como si tuviese una colmena de abejas enfurecidas dentro de mis sesos. ¡Pero puedo poner mi brazo derecho sobre el fuego, asegurando que tiene el paño? ¡Hay, Dios! ¿Se quedó con las seis alnas, o no? ¡No podría jurarlo! ¡Demonios! Qué duda más irracional; además hace un instante casi puedo tocar la muerte en su casa... ¡Estaba en el último suspiro! (*PEQUEÑA PAUSA. LAS DUDAS Y LA INDECISIÓN, LO LLEVAN POR LA CALLE DE LA AMARGURA*). ¡Y si fuese mentira? ¡Y si estuviese representando una farsa, como los cómicos en el mercado? (*PAUSA*). ¡Sí! ¡Sí! ¡El tejido fue a sus manos! ¡Lo tiene él! (*PAUSA*). ¡Tengo más dudas que sobre la salvación de mi alma, que ya es tener! Debe ser una pesadilla, porque el temor a perder mis nueve francos o el paño, es real. Lo cogió y se lo guardó debajo de sus raídas ropas. Y esto es más cierto que el dolor de cabeza que tengo. Como también lo es, que no fío ni dejo mis mercancías a ningún mortal, ni dormido ni despierto, ni a mis parientes más allegados; es un hecho, que no se lo hubiese dejado llevar si... ¡Tiene el paño el muy malandrín! (*PIENSA*). Pero la mujer lo niega... ¡No, no lo tiene! Pero si se lo han dejado a algún vecino, con toda razón pueden decir que son inocentes, es decir, que no lo tienen, aunque lo tengan. ¡Maldita sea! ¡Qué confusión, Dios Santo! ¡Qué me vea metido en semejante duda y enredo, es como para ofuscarse y acabar los días en el hospital de locos! (*COMIENZA A SALIR*). Mejor empiezo desde el principio. Veamos, el endiablado Pathelin, se acercó a mi puesto cuando apenas se veía esta mañana... (*MUTIS*).

PATHELIN.- (*A SOTO VOCE*). ¿Se ha marchado? ¿Se ha alejado ya de nuestra puerta?

GUILLERMINA.- (*HACIÉNDOLE OSTENSIBLES GESTOS CON LAS MANOS Y LA VOZ, PARA QUE GUARDE SILENCIO*). ¡Chiiisss! ¡Calla! ¡Silencio! ¿No me ves, que intento averiguarlo escuchando a través de la puerta? Grita más fuerte que si le fuesen azotando. Creo que se aleja farfullando la letanía de los tontos; se va maldiciendo y hablando, en un guirigay de mil diablos, en pleno delirio...

¡Espera! También dice algo sobre nuestros padres, pero esto último no lo he entendido muy bien.

PATHELIN.- ¿Ya puedo dejar la cama? ¡En qué momento tan puntual fue a venir!

GUILLERMINA.- No estaría yo muy segura de que no regrese de nuevo. (*PATHELIN, INTENTA SALIR DE LA CAMA*). ¡Ni se te ocurra! No debes moverte hasta que el perro de la rabia esté muerto. No ves que si le da por volver y te sorprende en pie y tan pimpante, nuestro gozo en un pozo.

PATHELIN.- ¡Por San Jorge! ¡En buena era vino a trillar las gavillas de su misería! ¡Con la cautela y desconfianza que se gasta! (*INTENTANDO ABRAZAR A SU MUJER*). ¡He estado a punto de aplaudirte! ¡Has hecho tu papel como si la verdad fuese la que te empujase a ello! (*RÍE CON TODA SU GANA*). Has representado tan a su gusto, que ha encontrado un anillo ajustado a su dedo, y una horma de zapato para su usura.

GUILLERMINA.- Tanto como puede gustarle el tocino a un espantapájaros, así le han agradoado mis embustes a ese tragaldabas; más no tengo cargo de conciencia, porque de avaro que es, seguro que no ha dado una limosna en su perra vida. (*SE TRONCHA DE RISA*).

PATHELIN.- ¡Contente! ¡No sueltes la risa floja! ¡Por Dios que nos perdemos! Si regresa, nuestra bola de embustes y mentiras se iría al infierno.

GUILLERMINA.- Si no suelto la risa a retozar, reventaré sin remedio. ¡Ay, Dios! (*RÍEN CUANTO PUEDEN*). No puedo aguantarme, así que se resista quien pueda. (*GUILLERMO, EL PAÑERO, REGRESA A LAS INMEDIACIONES DE LA CASA DE PATHELIN. VIENE MUY ENFADADO*).

GUILLERMO.- ¡Maldita sea mi mala suerte! ¡Así me ahorquen después de muerto! ¡Yo vuelvo, y éstos me pagan, quieran o no quieran! ¡Faltaría aceite para el candil! (*PAUSA*). ¡Aquí está la casa de ese leguleyo picapleitos! ¡No se puede creer que los que deben administrar justicia, la tengan como alfombra de sus latrocinos! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Este pájaro de Pathelin, habrá querido cobrarme los intereses de aquellas fanegas de tierra que sus antepasados vendieron a los míos! ¡Por San Pedro! ¡Sin duda que él tiene a buen recaudo mi tejido! ¡Miserable “trapisondista”! ¡En mis mismísimas barbas me la ha jugado!

GUILLERMINA.- (*FLOJA DE RISA*). De acordarme del talante que tenía, me dan las siete cosas de la risa. Cómo se enfurecía al exigir sus nueve francos.

PATHELIN.- (*RIENDO SIN PARAR*). ¡Calla, mujer imprudente! ¡Que nos buscas la ruina! Si por casualidad te oyese, huir sería lo único que nos salvaría; ¡es tan insopitable!

GUILLERMO.- (*ACERCÁNDOSE A LA CASA DE PATHELIN*). Este vacía toneles ajumado, que no es más que un parlanchín, abogadillo de tres al cuarto, ¿cree que los mortales somos bobos? Tiene más que merecido que le ahorquen por rufián y por hereje. Se ha apropiado de mis seis alnas de paño, o yo no estoy en mis cabales, o se burla de mí, tomándome el pelo. (*LLAMA A GRANDES VOCES*). ¡Ah, de casa! ¡Ah, de casa! ¡Hola! ¡Salid! ¿Dónde os escondéis?

GUILLERMINA.- (*INTENTANDO HABLAR EN VOZ BAJA CON SU MARIDO*). ¡Por todos los cielos, me oyó!

PATHELIN.- (*NERVIOSO PERDIDO Y CON LA VOZ MUY BAJA*). Haré como que deliro. Abre, y que sea “motu proprio”. (*A su manera*).

GUILLERMINA.- (*FINGIENDO APRENSIÓN Y DESCONSUELO, HACE COMO QUE ABRE LA PUERTA*). ¡Por qué gritáis de ese modo!

GUILLERMO.- ¡Para no reírme como vos! ¡Dadme mi dinero al punto!

GUILLERMINA.- ¡Debéis de ser una maldición en forma de pañero! ¡Santa Madre de Dios!
¿Pensáis que me río de alguien? Pues no encontraréis a otra persona con más tristeza que yo en éste baile. ¡No veis que se muere! Nunca seréis testigo de tal zafarrancho y desatino. Aún delira: llora, canta, sueña, ríe, se desgañita, entreje palabaras, masculla lenguas endemoniadas. No creo que viva lo que se tarda en rezar un rosario. Podéis entender ahora que, por sus locuras y desvaríos, yo ría y llore al mismo tiempo

GUILLERMO.- ¡No me importa el motivo que os mueve a reír o llorar! Soy parco en palabras, y os digo, únicamente: ¡pagadme!

GUILLERMINA.- ¿Cómo? ¿Habéis perdido el juicio? ¿Seguís, erre que erre, con vuestras bromas?

GUILLERMO.- No gasto bromas con la venta de tejido. ¿Vais a hacerme creer que la noche es día, y que lo blanco es negro? ¿Queréis que comulgue con ruedas de molino?

PATHELIN.- (EN PLENO "DELIRIUM TREMENS"). ¡En pie, deprisa! ¡Rápido, rápido!
¡Esa "Zanfonía de rueda", que tiene hechas las teclas con muelas del diablo!
¡Guillaume Dufay, vuela montado en una flauta! (*DESCUBRIENDO ALGO MONSTRUOSO*). ¡La emperatriz de las bandurrias! (*CON PAVOR*). ¡Al momento, que me traigan la bandurria! ¡Ha roto aguas, y está dando a luz una caterva de bandurritas, hijas naturales del abad de Yverneaux! ¡Para poner música a las juergas de sus exorcismos disolutos! (*JURA*). ¡Por éstas, me obligo a apadrinarlas!

GUILLERMINA.- (DA UN GRITO DE LOS QUE ENCOGEN EL CORAZÓN). ¡Aaayyy!
¡Encomiéndate a Dios Padre, Pathelin de mi alma, y déjate de bandurrias!

PATHELIN.- ¡Quiero ser el mejor tocador de bandurria! ¡Y si se niegan a escuchar como toco, me la tocaré para mí solo!

GUILLERMO.- ¡Hay que ver! ¡Qué liantes son el abogaducho y su chillona mujer, y la cantidad de embrollos que son capaces de inventar! ¡Déjense de monsergas y páguenme! ¡Nueve francos, seis escudos o en oro corriente y moliente! ¡Deprisa, quiero cobrar el tejido de paño que se trajo Pathelin, de mi puesto!

GUILLERMINA.- ¡Demonios! ¿Con una vez que os habéis equivocado no os sentís satisfecho?

GUILLERMO.- ¡Vos tenéis pinta de saber de lo que hablo, buena señora! ¡Dios me asista!
¿En qué, o cuándo me he podido equivocar? (*PAUSA*). ¡Es para tirarse de los pelos! ¡Más si tengo que estar aquí hasta el juicio final, para que me paguen, por todos mis antepasados, que estaré! ¡Cómo que Dios existe, o me devuelven el paño, o yo consigo que los ahorquen! ¿Está prohibido, por alguna ley, ir a la casa de los deudores a cobrar lo que es de uno? ¿Hay algún mal en ello? ¡Venga, decidme qué mal hay! ¡Por San Pedro de Roma!

GUILLERMINA.- ¡Ay! ¿Por qué torturáis a mi marido de esta manera? ¡Se trasluce de vuestro rostro desencajado, que andáis sin juicio hace tiempo! ¡Que San Maturín os ayude! Si algún convecino me ayudase, os juro, que ibais a acabar atado como una morcilla. ¡Sois el loco más loco, de cuantos locos están locos!

GUILLERMO.- ¡Me quitan un hijo y no sufro tanto! ¡Aaayyy! ¡Me siento furibundo de ver que no me pagan!

GUILLERMINA.- ¡Oh! ¡No seáis necio! ¡Persignaros! ¡Rezad! ¡Haced la señal de la cruz!

GUILLERMO.- ¡Que se una el cielo con la tierra, que me ahorquen, si fío a nadie más en mi vida! (*PATHELIN, HACE UNOS ESTREPITOSOS RUIDOS GUTURALES, MUY AGITADO*). ¡Qué enfermo! ¡Menudo moribundo!

PATHELIN.- (PATHELIN, COMIENZA A SOLTAR LOCUCIONES EN LATÍN QUE, AUNQUE PARECEN FORTUITAS, TIENEN UNA RELACIÓN DIRECTA CON

EL ARGUMENTO Y LA SITUACIÓN DE LA OBRA). “Intelligenti pauca” (*Al buen entendedor, pocas palabras*). “Mare mánum” (*Confusión de asuntos*). “Nequáquam” (*De ninguna manera*). “Sine die” (*Sin fecha determinada*).
(FONÉTICA).

“Al impío conduzcan los presagios
búho que aululó, la perra o zorra
preñadas o la loba Lanuvina
que baja al llano.”

(*Trad.: M.F. Galiano y V. Cristóbal*).

(*PATHELIN, DICE ABIERTAMENTE A GUILLERMO, EL PAÑERO*). ¿Os ha entrado en la mollera todo cuanto he dicho, primo?

GUILLERMINA.- Señor mercader, yo no sé latín, pero como en los últimos años ha tenido pesadillas casi todas las noches (anuncio seguro de esta enfermedad); al día siguiente, cuando yo le contaba lo que él había dicho, la noche anterior, siempre a grandes voces, me lo aclaraba o traducía. En fin, para que se entere: esto que acaba de decir es una “cantinela” o salmodia sobre ciertos lances de amor prohibido.

GUILLERMO.- ¡Por los diablos verdes! ¡El muy zorro regresó a su casa, sin decir esta boca es mía, con el paño escondido bajo sus ropas!

PATHELIN.- (*PATHELIN, LA EMPRENDE CON UNA RETAHILA EN CHINO*).

“Como la gigantesca ave legendaria,
fácilmente consigo mérito y fama.

(FONÉTICA).

Un verdadero héroe puede vencer a miles de enemigos.
Actualmente es una época propicia para los
caballeros ambiciosos.

“Wan li poan yi,

Gongming tuo shou de.

Yinsxiong qu shi chian ren di.

Zheng shi nan’er zheng rung ri,

¿Cómo voy a renunciar a ella?

¿Chi can tsu lao yi?

En breve (un día) me distinguiré,
me premiarán y me nombrarán para un alto cargo
en el gobierno”.

Yi chao li shen sien chi,

sou chang chia cuan chi”.

(*Autor: Hui Shi, principios del siglo XIV*).

GUILLERMINA.- ¡Ay! ¡Ay! ¡Ah, Dios misericordioso! ¡Los Santos Óleos le van a tener que dar! ¡Es llegada su última hora! ¡Se muere, por mucho que hable en chino!

GUILLERMO.- ¿Qué razón le asiste para hablar tan bien el chino? ¿Quién le ha contagiado esta enfermedad o locura desconocida?

GUILLERMINA.- ¡Cuando vino a Francia la embajada de China, que pasó por aquí por Rouen, tuvo que defender a un chino, de no sé qué, y le enseñó estas picardías!

PATHELIN.- (*INCREPA A GUILLERMO, EL PAÑERO*). ¿Adónde vas, buena pieza? ¡Eres hijo de Ana María de Georgel! ¡Que ardió por bruja en la hoguera y sigue ardiendo en el infierno! (*PATHELIN, SIGUE CON OTRA RELACIÓN PORTUGUESA*).

(FONÉTICA).

“Uenga mio maiordomo
qui mios aueres toma.
Idme por mios abades
i por mis podestades
i por mios scriuanos
i por mios gramatgos
i pòr mios streleros
i por mios retoricos;
dezar m`an la uertad, si aice in escripto

“Veña meu maiurdomu
que es miñas coizas toma.
Idm pur meus abades
y pur miñas podestads
y pur meus escribanus
y pur meus gramáticu
y pur meus estreleirus
y pur meus regtóricus.
dizerme au a verdade, se nasceu un cristu;

o si lo saben elos, o si lo an sabido.” o se saben eles, o se u souberon.”

(*AUTO DE LOS REYES MAGOS*. Anónimo, siglo XV).

GUILLERMO.- ¡Dios me asista! ¡En portugués es la fiesta! ¿Qué es esto? ¿Qué le ocurre?

¿No va aparar de farfullar galimatías en otras lenguas? Páguenme tres cuartas partes de mis nueve francos, o mis seis escudos íntegros, y les juro, por lo más sagrado, que me marcho.

GUILLERMINA.- ¡Por los clavos de Jesucristo! ¡Que me hacéis sentir desgraciada! ¡Sois un hombre de puro loco, incomprendible! ¿Qué queréis? ¡No entiendo por qué os empeñáis de esta manera!

PATHELIN.- (*SE VA POR LOS CERROS DE ÚBEDA HABLANDO EN CALÓ*). Paaapa, maaama, paaapa, paaapa.

(*REFRANES EN CASTELLANO*).

“Dime con quién andas y te diré quién eres”.

“Primero son mis dientes que mis parientes”.

“Deabajo de una mala capa suele haber un buen bebedor”.

“Dios los cría y ellos se juntan”.

“A Dios rogando y con el mazo dando”.

(*FONÉTICA, DE LOS MISMOS REFRANES, EN CALÓ*).

“Penamé sat coin piras y tué penaré coin sisles”.

“Sen minrés piños brotobó sos minrés cachicalós”.

“Bajiné e yequí chorri uchardó pre-bají terelar, yes laché tapiyaró”.

“Ostebé ler pervara y junós se catanean”.

“A Ostebé brinchardilando y sat or mochique diñelando”.

GUILLERMO.- ¡De qué poder se valdrá para poder llevar la fatiga de tanto hablar? ¡La locura debe darle fuerzas! (*PATHELIN, AULLA DE FORMA CONSIDERABLE*).

¡Ah, enloquece por momentos!

GUILLERMINA.- Un patriarca gitano, al que sacó de la horca, le hizo que aprendiese el “Caló”: debe ser por lo que, en el último suspiro de su vida, le recuerda.

(*PATHELIN, DA UN GRAN RONQUIDO*). ¡Se muere! ¡Se muere!

GUILLERMO.- ¡Madre de Dios! ¡María Santísima! ¡En mi larga vida de comerciante, nunca me había ocurrido algo tan extraño! ¡Jamás hubiese dudado de que Pathelin, ha estado hoy en mi puesto!

GUILLERMINA.- ¡Lo juráis?

GUILLERMO.- ¡Por Santiago! ¡Por todos los santos de la Corte Celestial! (*RESIGNADO*).

Aunque reconozco, para mi desgracia, que soy testigo de todo lo contrario.

PATHELIN.- (*PONIÉNDOSE LA MANO EN LA OREJA Y HACIENDO COMO QUE ESCUCHA*). ¡Cierta es la tormenta! ¡Ese rebuznar que llega a mis oídos, es un asno? (*DICE A GUILLERMO, EL PAÑERO, CON MENOS VERGÜENZA DE LA QUE FUERA DESEABLE, EN UN ARAMEO MACARRÓNICO*).

“Uno de bello rostro y una copa de vino y un jardín

y el canto de un pájaro y el susurro de las aguas de una acequia

son bálsamo del enamorado y alegría del apenado y cántico del errabundo

y riqueza del pobre y para el enfermo curación”.

(Poema de Semuel ha-Nagid).

(*FONÉTICA*).

“Yefé tóar vekós yáyin, veganá

vezémer óf, veqól memé tealá

tserí jóseq vegíl dóeg, veshir nád,

veóser rás, velajolé tealá”.

GUILLERMO.- (A LA MUJER DE PATHELIN). ¡Ay, Santo Dios, escuchad lo que habla! ¡Está en plena agonía! ¡Cómo expulsa babas! ¿Pero, por todos los demonios, en qué jerga del diablo habla ahora? (*DESCUBRIÉNDOLO*). ¡Jura en arameo! ¡Virgen Santísima! (*PATHELIN, MASCULLA DISPARATES ENTRE DIENTES*). ¡Acabarán mordiéndose su propia lengua, por hablar entre dientes! ¡Por todos los santos! ¡Por el Santísimo Cuerpo de Cristo! ¿Qué farfulla? ¡De puras e incomprensibles que son sus palabras, no se entienden! ¡Padece la confusión de las lenguas, puesto que no parece cristiano lo que berrea!

GUILLERMINA.- Es que su madre tenía la lengua de trapo, y encima era de Bretaña, que allí más que hablar mascullan. Debe ser que siente muy próximo el momento de reunirse con ella.

PATHELIN.- (HABLANDO ZOPENCAMENTE A GUILLERMO, CON LA CE Y LA ZETA).

“En un país sin justicia había muchos ladrones; llegaron hasta el rey las noticias, quejas y pregones; allá envió su juez, guardias y verdugos, al ladrón ahorcaban por cuatro escudones”.

Dijo uno de esos ladrones: “Yo ya estoy prometido con la horca, que por robo ando desorejado; si por los guardias soy otra vez en robo apresado, él me hará con la horca ser del todo casado”. (*Arcipreste de Hita*).

(*DELIRA. EL ACTOR DIRÁ LOS TEXTOS EN LATÍN*). “In artículo mortis”. (*En el artículo de la muerte*). “Mare mágnum”. (*Confusión de asuntos*). “Nihil nòvum sub sole”. (*Nada hay nuevo bajo el sol*). “Nequáquam”. (*De ninguna manera*). “Relata réf ero”. (*Refiero lo que he oído*). “Suúm cique”. (*A cada cual, lo suyo*). “De visu”. (*A vista de ojos*). “Ad calendas graecas”. (*Para un tiempo que nunca llegará*). “Desiderátum”. (*El mayor deseo*). “Hábeas corpus”. (*Derecho del detenido a ser oido*). “Ad pédem litterae”. (*Al pie de la letra*). “Consummátum est”. (*Todo se ha acabado*). “Consummátum est”. (*Todo se ha acabado*). “Consummátum est”. (*Todo se ha acabado*). “In albis”. (*En blanco*). “Incontinenti”. (*Al instante*). “Modus vivendi”. (*Modo de vivir*). “In pártibus infidélium”. (*En países infieles*). “Némine discrepante”. (*Por unanimidad*). “Plus minusve”. (*Más o menos*). “Quid pro quo”. (*Una cosa por otra*). “Vox pópuli”. (*De dominio público*).

GUILLERMINA.- Con seguridad se quedará tieso como un ajo, pero sin dejar de hablar. ¡Qué forma de latinizar! ¿Estáis viendo cómo homenajea a los dioses? Se termina su vida; lógicamente acabaré en la miseria y en el desamparo más atroz.

GUILLERMO.- (EN UN APARTE). Lo mejor será que me marche, no sea que la justicia, si se muere estando yo aquí, me acuse de algún crimen. (*A LA MUJER DE PATHELIN*). Tengo temor y prevención, de que ante mí, tal vez no os comunique ningún secreto privado, antes de expirar. Os pido perdón, por creer ciegamente que vuestro marido guardaba mi tejido de paño. Quedad con Dios, señora; y que el Sumo Hacedor pueda perdonarme.

GUILLERMINA.- (MUY DILIGENTE LE ACOMPAÑA HASTA LA SUPUESTA PUERTA). ¡Que él os bendiga y os colme de parabienes, así como a ésta pobre y futura viuda!

GUILLERMO.- (SE ALEJA DE LA “CASA” DE LOS PATHELIN, Y EN UN APARTE DICE). ¡Por la Santa y Bendita Virgen María! Este mal negocio me ha dejado más estupefacto que en todos mis fracasos. ¡El mismo diablo, en lugar del abogaducho, fue el que se apoderó del tejido para así tentarme! ¡Dios se ha apiadado de mí! ¡Me ha bendecido! ¡Ha sido un milagro que el demonio no

atentara contra mi persona! ¡Y siendo de esta forma por la que me he librado de la quema, es de justicia corresponder por mi parte; así que entrego el paño al ladrón que lo tuviere, y que le aproveche! (SALE).

PATHELIN.- (*DEJA LA CAMA LOCO DE CONTENTO*). ¡A levantarse! (A SU MUJER).
¿Te aconsejé bien o no? Allá va el esquilmado vendedor de paños. ¡Dios Santo!
¡Qué pocas luces iluminan el interior de su cabeza, que le sirve únicamente para llevar el sombrero! Las pesadillas le vendrán en bandada cuando intente dormir esta noche.

GUILLERMINA.- ¿Estás contento con el trabajo que he hecho? ¡Cómo nos hemos burlado tomándole el pelo!

PATHELIN.- ¡Por el Dios que me trajo a este mundo! Si te digo la verdad, la representación de tu papel ha sido pintiparada. Ya tenemos paño para hacernos los vestidos que necesitamos. (*PIENSA ABSTRAIDO*). Y ahora que lo pienso, porque la verdad es que me siento como una saeta disparada, me voy a acercar al mercado de la feria, al puesto del peletero; nuestros nuevos vestidos tienen que tener pieles en los cuellos y en las empuñaduras. Siempre he envidiado a los poderosos, que van que parece que nacen con las pieles ya pegadas a sus cuerpos.

GUILLERMINA.- ¡No vayas! ¡No seas insensato!

PATHELIN.- ¿Por qué? ¿Me van a comer?

GUILLERMINA.- Si te descubre el pañero, eres hombre en la picota.

PATHELIN.- Ahorca tus temores. Los puestos de ambos mercaderes están en una punta diferente del mercado cada uno. Es imposible que el pañero pueda verme. Me marcho sin más. Queda con dios, que las pieles, de siempre me han llamado a gritos. (*SALE DECIDIDO*).

GUILLERMINA.- (*RECOGIENDO EL TELÓN*). ¡Ojalá no vuelvas despellejado! (*SALE TAMBIÉN*).

ESCENA V

*SALE GUILLERMO, EL PAÑERO, Y DESCORRE EL TELÓN DE SU PUESTO;
DESPUÉS TIBURCIO, BORREGUITO, EL PASTOR.*

GUILLERMO.- ¡El buen amigo que me contó que mi pastor Tiburcio, me robaba, me crucificó! ¡Alguien me ha echado el mal de ojo! ¡Maldito sea el demonio! ¡Muerto me dejó! ¡Vaya manera de empalmar el hurto que me han hecho con el paño, y el crimen que ese maldito Tiburcio, estaba cometiendo con mis ovejas! ¡Con burdos embutes me engañan todos y menoscaban mi capital llevándose cuanto le da la gana! ¡Me puedo nombrar el emperador de las desgracias; puesto que un insignificante pastor se apropiá de mi hacienda! Este Tiburcio, al que siempre traté mejor que a ninguno de mis criados, no se burlará de mi persona con tanta impunidad, ¡juro que tendrá que venir a pedirme que lo perdone, más manso que los corderos que me roba, por Santa María, que sí! ¡Veremos qué cuerpo se le pone, cuando reciba el requerimiento que va a enviarle la justicia, a petición mía!

TIBURCIO.- (*ENTRA TIBURCIO, QUE POR SU ASPECTO PARECE ALGO SINVERGÜENZA, MEDROSO, Y COMO ADIVINANDO LA QUE LE ESPERA*). A la paz de Dios. Santas y buenas, mi amo, que Nuestro Señor bendiga vuestro negocio y hacienda.

GUILLERMO. ¡Ah! ¡Ajajá! ¡Hablando del ruin de Roma, con el cuerpo del delito pintado en su cara asoma! ¡Por fin te tengo ante mis ojos, andrajoso sinvergüenza!

¡Menudo servicio me estás haciendo a espaldas mías! ¿Qué quieres ahora?
¡Vaya un bandido!

TIBURCIO.- Usted me perdonará, mi señor; pero el caso es que un individuo, altanero y mal encarado, vestido con un traje a rayas, ha ido a buscarme al campo donde pacen sus ovejas. Pensé que quería robar su ganado, porque blandiendo un palo, con muy malas pulgas, a gritos y fuera de sí, quiso decirme alguna cosa... Más como yo estaba azorado... Aunque, la verdad, con los nervios y el miedo que he pasado, me he hecho un lío y no me acuerdo de nada. Lo que se me acuerda es que me hablaba de usted, de algo así como que me requería... ¡Qué me lleve el diablo, si he entendido ni media palabra! ¡Por el Santo Cristo de los pobres! ¡Y sin entender ni jota de todo este embrollo, me he venido para acá! Decía algo de su rebaño, de las ovejas que faltan y de las que no. De una hora en la que me tenía que presentar, no se sabe dónde, diciéndolo todo envuelto en un galimatías de mil diablos, revuelto y mezclado, y hablando malamente de usted, mi señor.

GUILLERMO.- ¡Por la justicia toda! ¡Que el infierno me trague eternamente, si no consigo que des con tus huesos, mentiras y trapacerías en la cárcel! ¡Que Dios descargue las siete plagas sobre mí, el diluvio y otras grandes maldades! ¡No me robarás ni me matarás ni un cordero más, a fe mía, que no! Para tu castigo, he de conseguir que maldigas el día que me robaste el primero, pues lograré que te acuerdes de ello con creces. Se junte el cielo con la tierra, suceda lo que suceda, pase lo que pase, tú me has de pagar las seis alnas... digo, es decir, el latrocínio y sacrificio de mi ganado, y todo lo que me hallas robado de diez años acá.

TIBURCIO.- Mi amo, son habladurías. No creáis a los envidiosos y chismosos que os vienen con patrañas. Lo hacen para ocupar mi puesto. Yo os juro por la salvación de mi alma...

GUILLERMO.- ¡Y una higa! ¡Por Dios bendito al que se le ruega e implora, que me has de devolver mis seis alnas de tejido de paño! ¡Oh, que ya no sé lo que me digo! ¡Quiero decir, las ovejas que me has robado! ¡El hurto de mis bestias ha de ser tu perdición!

TIBURCIO.- ¡Un momento! ¡Pare el carro! ¿Qué tejido de paño? ¿Qué paño es ese? ¡Por San Pedro de Roma! ¡Ah!, mi señor, pienso que vuestro enfado y berrinche ha de ser por otra causa. ¡Por San Lobo!, mi amo y dueño, perdonad mi embarazo, pero no encuentro atrevimiento para miraros cara a cara.

GUILLERMO.- ¡Vete al infierno! ¡Márchate, y acude con puntualidad al requerimiento bajo el gran roble, que allí te van a ajustar las cuentas!

TIBURCIO.- Señor Guillermo, más nos vale que lleguemos a un acuerdo entre nosotros, por Jesucristo, mire que meternos en pleitos supondrá perjuicio para alguno de los dos, que pleitear es de tontos.

GUILLERMO.- ¡Por mí no tengo ningún miedo! ¡Allá tú! ¡Dada la claridad que presenta tu asunto, estás más perdido que los huesos de Adán! Márchate, y ni aunque me ahorquen llegaré a acordar nada contigo, hay testigos que te han pillado con las manos en la masa. ¡Cáspita, o actúo en consecuencia o todo el mundo intentará estafarme, en el futuro, si no tomo precauciones!

TIBURCIO.- Ha habido días que amanecieron muy claros y acabaron en tormenta. Adiós, mi amo. ¡Dios os proporcione salud! (*EN UN APARTE, E INICIANDO EL MUTIS*). O me defiendo, o este lobo me come. He de buscar un abogado que no se arredre ante nadie. (*SALE CAVILANDO. GUILLERMO, EL PAÑERO, RECOGE EL TELÓN DE SU PUESTO Y SALE. DESCANSO DE LA OBRA, SI SE CONSIDERA NECESARIO HACERLO*).

ESCENA VI.

SALE POR LA IZQUIERDA EL PELETERO Y DESCORRE EL TELÓN DE SU PUESTO.

PATHELIN.- (*POR LA DERECHA DEL ACTOR, ACERCÁNDOSE Y HABLANDO PARA SÍ*). Cuanto más pienso más me pasmo, pues veo a muchos cabales, que a menudo son desgraciados. Y otros, los peores, que ciñen cuchillo y espada, son los más afortunados. Yo no utilizo ni traigo más agudeza que la mía. ¡Por Santiago, yo no uso nada! ¡No tengo más que el ingenio y el engaño para vivir contento y holgado! Echaré mano otra vez de mi astucia. ¡Soy Pedro Pathelin, que no tiene para un último adiós, ni un mal trago de buen morapio! No hay más que gente sagaz y experta para espiar los negocios ajenos. El villano andrajoso no sabe dedicarse a otra cosa. Es necesario que me disponga a trincar al peletero, y sin abrir mi bolsa, amarañarle unas pieles para nuestros vestidos. Gracias, Dios mío, yo sé mucho de cautelas: voy a probar qué es lo que puedo hacer. Hoy la gente miente, ningún sarraceno se dispone a confesar; por tanto, si es necesario pensar en el provecho: tengo que encontrar cómo engañarlo con buen palique, fraude y falacia. (*DESCUBRE EL PUESTO DEL PELETERO*). ¡Por todos los santos! ¡El peletero soñado por todo buen estafador, con un montón de buenas pieles!

EL PELETERO.- (*EN LA IZQUIERDA DEL ACTOR Y CON PINTA DE USURERO*). Estoy en un sitio estupendo para vender mis pieles. Si me viene alguno de la nobleza, para adquirir un buen lote, le haré pagar sobradamente, a escote, mi cena.

PATHELIN.- (*PARA SÍ*). He aquí el cazador de monedas, esperando a un comprador inocente para convertirlo en víctima; no cabe duda que es el comerciante que necesito. Me acerco a él haciendo como que le conozco. (*COMIENZA A SILBAR, DIRIGIÉNDOSE AL PELETERO, CON LA MAYOR DESVERGÜENZA*). ¡Dios le dé alegría y le depare buenos negocios, señor peletero!

EL PELETERO.- ¡Dios le dé contento!

PATHELIN.- ¿Cómo estáis, mi buen amigo?

EL PELETERO.- ¡Bien, gracias a Dios!

PATHELIN.- ¡Qué Él os proteja! ¿No es signo de dicha estar tan lozano como estáis? ¡A fe mía que sí!

PELETERO.- Mi esfuerzo me cuesta.

PATHELIN.- Salud y trabajo, eso es lo primero.

PELETERO.- Y que el negocio marche.

PATHELIN - Hablando de otra cosa, ¿cuándo fue la última vez que estuvisteis por aquí?

PELETERO.- Ayer.

PATHELIN.- ¡Sed bien venido! ¡Cielos! ¿Y habéis tenido a bien volver a ésta ciudad?

PELETERO.- Me parece que todo me protege cuando vengo.

PATHELIN.- ¿Habéis vendido mucho, entonces?

PELETERO.- No mucho. Sin ayuda no he podido hacer mucha venta.

PATHELIN.- No tenéis competencia. Al menos, no conozco a nadie que tenga tan buena mercancía como la vuestra. Vais a tener quien os pregone vuestro género. Conozco a seis o siete que, con lo que yo les diga, os vendrán a ver y a comprar.

PELETERO.- Me parece muy bien.

PATHELIN.- Así, debéis saber que hay dos o tres burgueses que también se pondrán muy contentos cuando yo les diga que estáis aquí. Vamos a tener grandes fiestas y

nupcias dentro de muy poco tiempo... Yo se lo prometo y espero tener alguna parte del negocio.

PELETERO.- Si me viene buena suerte por su intervención, tened en cuenta que os lo reconoceré.

PATHELIN.- Si yo puedo, y puedo siempre, os traeré, por una vez, un buen jarro de vino.

PELETERO.- ¡Os lo agradezco mucho!

PATHELIN.- Yo sé, por Dios, de cinco o seis, de los que ciento cincuenta franceses vendrán, libres, a vuestras manos. ¡San Pedro de Roma, no me dejará mentir!

PELETERO.- ¡Serán bien atendidos!

PATHELIN.- En lo que yo pueda serviros... Lo haré de mil amores, yo soy así. ¡Cielos! Yo conocí mucho a vuestro padre en otra época. ¡Por todos los santos! ¿Vive todavía?

PELETERO.- Lamentablemente no.

PATHELIN.- ¡Por Santa María, que me causa pesadumbre! Dios lo tenga en su gloria. Y a todos los buenos y leales comerciantes. No hay apenas nadie, en este campo, que siga sus pasos. Cuando una persona así muere, es una lástima para toda la región. Todavía estaba muy sensato. Tampoco era muy viejo... ¡Dios! ¡Ha prestado tanto de lo suyo! Pues él acogía a muchos; era tan generoso que los comerciantes no podían llegar a creerlo.

PELETERO.- Ya no se puede confiar en nadie. ¡La gente es tan mala deudora!

PATHELIN.- ¡Por Dios! Vuestro padre era uno de los más notables, todavía lo pienso. Creo que le venía de casta. También todo el mundo le quería; todo el mundo le reclamaba. Todos le alababan. ¡Y todavía no se dice ni la mitad de la bondad que tenía! ¡La Corte Celestial es testigo de ello!

PELETERO.- ¡Ver para ver! ¿Pero, él prestó tanto a cada uno? Pues hablando francamente, comerciante tal liberal y franco fiando su género, no es muy sensato.

PATHELIN.- No, si no lo hace sobre su buena ganancia. Por lo tanto, si vos me creéis, no prestad nada en vuestra vida, si no sabéis a quién. ¡Oh, perra vida! Más de un buen comerciante se ha arruinado por prestar sus productos.

PELETERO.- Es necesario prestar y tomar prestado algunas veces...

PATHELIN.- Es la pura verdad. Pero hay tan poca fe hoy, en mucha de la gente, que algunos son indigentes por confiar en promesas.

PELETERO.- Es tan verdad lo que decís, como que la misa es en latín; ¡Yo sé bien a qué atenerme!

PATHELIN.- Por tanto, lo debéis recordar: eso está bien para el que no trae ni dinero, ni bolsa, vamos, que no tiene nada que perder. Conozco otros que lo mismo se toman el pié que la mano. ¡Así el infierno los confunda! Muy ufanos dicen: "Ya la pagaré, seguramente mañana, se lo prometo". ¡Pero mañana no llega nunca! ¡Por lo tanto... no prestéis a tales gentes! ¡Antes que os lleven todos los diablos!

PELETERO.- Me aconsejáis mucho y bien, y yo se lo agradezco.

PATHELIN.- ¡Cielos! ¡Debéis tener cuidado con vuestros amigos! Siempre oí decir, más de una vez, a mi padre, cuya alma tiene Dios, que entre su esposa y vuestro padre había no sé qué parentesco... No tuve herencia como vos, pero yo soy hombre que valora el espíritu emprendedor; creo, en suma, que cuando vuestros parientes y amigos fuesen contados, yo sería puesto en la cola, pues, en verdad, había gran afinidad entre nosotros.

PELETERO.- Os felicito, señor, estoy contento; pero, a decir verdad, yo no os conocía hasta ahora.

PATHELIN.- ¡Es lo mismo! Pero os juro que es verdad. ¡Por la Virgen Santísima! También vuestro padre puso muchos reparos con nosotros y, vivía en otra parte, no bebía ni comía contrariado.

PELETERO.- Es posible.

PATHELIN.- ¡Por Dios, que es verdad! ¿Pensáis que no me acuerdo? ¡Es un hecho, cielos! Yo era joven y pequeño, me acuerdo muy bien que vuestro abuelo y el mío, cuando tenían fiestas o bodas o tramaban otros negocios, estaban el uno con el otro a todas horas. ¡Por los milagros de Cristo, que era así!

PELETERO.- Pero decid, ¿cuándo os volveré a ver?

PATHELIN.- ¡Por Dios! Mi padre se estableció... pero no estoy seguro si el vuestro hizo lo mismo. Sin embargo, siempre se llamaban compadres. Luego, los hijos no quisieron estar con los padres y hoy todo es muy diferente. Por mi alma, que los padres no se trataban, tan frecuentemente, y me parece que ya no estaban tanto tiempo juntos como solían.

PELETERO.- Pero decidme, os lo ruego, por su fe, ¿qué ha pasado con esa gran familiaridad?

PATHELIN.- ¡Cualquiera sabe! ¡Por Dios! Pondremos los pies en la tierra y esperaremos, hasta que algo se sepa. ¡Que me ahorquen si yo no saco algo en claro de todo esto!

PELETERO.- ¡Muy bien!

PATHELIN.- Marchemos a la aventura mientras que yo parto, que nos beberemos un buen cuartillo; y luego hablaremos.

PELETERO.- Si no os falta nada... aunque no hemos tenido más que dos palabras todo está bien dispuesto, ¡y no hay más que hablar!

PATHELIN.- Nada, nada. De todas formas, os lo agradezco; pero cuando vaya conmigo, por mi fe, lleve todo lo que haga falta. ¡Yo no tengo que deber nada! Jamás un hombre debe hacer creer que pide. En cuanto a la peletería, me hace falta una hermosa y buena, no para mi propia persona, sino para... —me conocéis suficiente, creo yo— un hombre de bien, el cura de ésta parroquia. Yo os lo traeré.

PELETERO.- ¿Dónde está?

PATHELIN.- ¿Quién? ¡Ah, él! ¡Dios! Es un hombre que tiene muchos ahorros, una fortuna, y soy su único pariente. No cena nunca ni dice cosa que no sepa yo antes que nadie. Está algo achacoso, lo heredaré pronto

PELETERO.- Si es por las finas telas de seda, yo tengo además, paños también. Mire qué tejidos de paño. ¿Cuántos le hacen falta? ¿Y qué medida?

PATHELIN.- Paños de buen precio.

PELETERO.- ¿De qué?

PATHELIN.- Un corte de tela.

PELETERO.- Tengo una de calidad suprema y muy refinada.

PATHELIN.- Ahora bien, eso para el señor cura, que le encargará una para sus vestiduras que son anchas y largas, ¿cuánta tela de Lombardía es necesaria, para el forro?

PELETERO.- Sería necesaria por lo menos dos partes, más una parte de la tercera, por mi fe, amigo mío, os hacen falta dos largos y medio.

PATHELIN.- Luego nos interesa —es mucho dinero el que os viene— para su sobrina, la cuál está para casarse, un corte decente de buen tejido.

PELETERO.- Tengo una tela de Prusia: ¿La quiere? ¿O una muselina? Piense que tengo de todo.

PATHELIN.- ¡Por mi fe, yo quiero el mejor!

PELETERO.- Si queréis cobertores trenzados, a fe mía, los tengo muy finos. Tengo también mantoncillos, lomos o garras

PATHELIN.- (*POR LOS PAÑOS PINTADOS*). ¡Por los cielos, que parecen buenos!

PELETERO.- Entiendo vuestro caso muy bien; (*SEÑALA UN PAÑO PINTADO*) este es de abrigo hermoso y bueno.

PATHELIN.- A fe que lo parece.

PELETERO.- Va en ello mi palabra y fama de vendedor honrado.

PATHELIN.- Pero ¿será suficiente para forrar todo su traje?

PELETERO.- Sí, si no se lo sustraen. Quiero decir, si no le sisan el tejido.

PATHELIN.- Y, ¿serán imprescindibles adornos?

PELETERO.- Os hará falta acertar, vea –si os es necesaria y si es aparente– para hacer los adornos, esta piel. Tengo más guardadas. Es realmente lo que necesitáis.

PATHELIN.- ¿Cuanto –pero no me hable muy alto– costará?

PELETERO.- ¡Es muy buen artículo!

PATHELIN.- ¡Los hay mejores aún! Pero en verdad, en la última hora, conviene dar, es razón, el último impuesto a Dios. No hagamos negocio sin que Dios ponga de su parte.

PELETERO.- ¡Por la justicia toda! Es razón de prestaros atención, habláis como hombre honrado.

PATHELIN.- Bien, pero decidme ahora cuánto va a costar.

PELETERO.- No quiero ganar nada con vos en honor a la amistad.

PATHELIN.- ¡Tengo la corazonada de que, después de ésta venta, hará muchas más!

PELETERO.- Todo os costará... los forros para los abrigos, que son grandes y cerrados... doce escudos contantes y sonantes.

PATHELIN.- (*SE ESCANDALIZA*). ¿Qué decís? ¡Doce escudos! ¡Por los clavos de Cristo!

PELETERO.- ¡Por Dios, todo vale mucho más!

PATNETIN.- Bastarán nueve escudos. ¡Y juro al infierno que vais bien compensado!

PELETERO.- ¡Eh! ¡No será! ¡Por mi fe, tenéis que subir!

PATHELIN.- ¡Muy bien, pero tendréis que bajar! Así que os daré diez.

PELETRO.- ¡Once!

PATHELIN.- Nada. ¡O que el cielo caiga sobre nuestras cabezas!

PELETERO.- ¡Y yo os digo que es un trato sin engaño!

PATHELIN.- Muy sencillo, yo quiero un buen negocio puesto que pago bien.

PELETERO.- Así que, si no tenéis esa cantidad, no se puede hacer esta venta.

PATHELIN.- Cualquier persona, que os quiera creer, os ofrecerá más cantidad; yo os doy justamente lo que quiero pagar, sin sumar ni quitar un escudo.

PELETERO.- ¡Tenéis que poner dos francos más!

PATHELIN.- ¿Cuánto será entonces? ¡El no saber porfiar me pierde!

PETELERO.- Serán dieciocho francos lo que costará todo.

PATHELIN.- ¡Eso es demasiado! ¡Es de locos, por San Maturín!

PELETERO.- ¡Por mi palabra que habréis de pagar todo completo!

PATHELIN.- Bien: puesto que habéis jurado, pero no seré yo quien lo pague, sino el párroco.

PELETERO.- ¡Me da igual!

PATHELIN.- ¿Y si no vuelvo pronto de su casa?

PELETERO.- ¡Pues, no tendremos tiempo de beber mucho!

PATHELIN.- Eso, acabemos. Iré a hablar con el párroco para recibir vuestro pago.

PELETERO.- ¿Es necesario, que vayáis hasta la casa del párroco?

PATHELIN.- Claro que sí. ¡Por Nuestra Señora! No está lejos, junto a la iglesia. Sería mejor, cuando yo me vaya, que elijáis al azar alguna piel más, pues creo que

cuando él vea otras las comprará. Y si hay buenos amigos, como he dicho, que despachan un estupendo lote: podréis ganar oro del mejor, en abundancia, y por mi parte os obsequiaré con un jarro de buen vino para celebrarlo.

PELETERO.- Verdad decís. Más perdonadme... he decidido acompañarlos.

PATHELIN.- (*PILLADO EN RENUNCIO*). Bueno, como gustéis. (*RECUPERANDO SU TONO Y ASTUCIA NORMALES*). ¡Por San Pedro! ¡Gracias a mí, vais a poder vender bien caro! Tendréis mucho más negocio de lo que pensáis.

PELETERO.- (*SE VA DENTRO UNOS INSTANTES, TRAS EL TELÓN DEL TENDERETE*). ¡No os preocupéis del beneficio: si yo trabajo en mi provecho, no se pierde nada! Haré un fardo con el tejido de paño y la piel.

PATHELIN.- Me sobra con que vendáis bien vuestra vida de este negocio!

PELETERO.- (*SALIENDO*). Aquí está el fardo bien atado, con la piel y el paño dentro.

PATHELIN.- Me acerco hasta la casa del párroco; (*COGIENDO EL FARDO*). Yo lo llevaré.

PELETERO.- ¡De ninguna manera! Puedo yo solo. (*DISPUTAN A BRAZO PARTIDO*).

PATHELIN.- ¿Creéis que soy un flojo? ¡Vais a llevar el fardo! Maldito sea yo que lo hago; no le aguento.

PELETERO.- ¡No os molestéis, yo lo portearé con una mano sola!

PATHELIN.- ¡Por Dios, señor, yo llevaré éste lío de paño y pieles, sin ningún aspaviento! ¡Iré bien cargado, me lo han aconsejado los médicos, para ese ejercicio me viene al pelo! (*SIN SOLTAR EL FARDO JAMÁS*).

PELETERO.- Cárguelo entonces. Es una lástima y una vergüenza. (*PONIENDO EN GUARDIA A UN SUPUESTO AYUDANTE QUE SE ENCUENTRA TRAS EL TENDERETE*). ¡Matías, vigila el puesto! (*EMPIEZAN A CAMINAR LOS DOS. EL PELETERO RECOGE EL TELÓN DE SU PUESTO*).

PATHELIN.- ¡Nada, nada! ¡Por San Pedro de Roma! ¿Creéis que semejante nimiedad puede afrontarme? Veréis que buen lugar es la casa del párroco donde me acompañáis. Es una vivienda llena de muchas cosas buenas. Y el bien es doble, él lo quiere así. Piense que le hará un buen encargo. Es una persona pendiente siempre de las cosas de Dios, así que no os asombre si os deja con la palabra en la boca; a veces le llaman deprisa y corriendo para dar los Santos Óleos, otras confiesa en plena calle... En fin, que no os espante nada de lo que veáis. Todo lo hace para servir y agradar a las personas

PELETERO.- ¿Decís que esa es su manera de festejar a la gente?

PATHELIN.- ¡Por todos los santos, que sí! Cuando hayáis recibido el dinero o el oro a vuestro gusto, pues primero os pagará lo que hemos acordado, veréis qué vino bebe; luego os dará, por San Maturín, una hermosa y gorda anguila, y os contará nuestro parentesco.

PELETERO.- Estoy contento de saberlo.

PATHELIN.- Hablaremos del vino y encontraremos, creo, parientes cercanos. (*POR LA PRIMERA CAJA DE LA DERECHA DEL ACTOR APARECE EL PRESBÍTERO, DE ESPALDAS AL PÚBLICO, COMO CONFESANDO ALGUIEN A QUIEN NO SE VE, NO SE OYE LO QUE HABLAN. PATHELIN, VE EL CIELO ABIERTO*). ¡Hablando del rey de Roma! Vaya, aquí le veo, ya os lo advertí, confesando a alguien en aquella esquina... Debe ser una mujer, porque está oculta tras la pared. ¡Por la Virgen Santísima! Estará dispuesto a pagaros antes de ir a su casa, pues siempre lleva oro y dinero para cualquier necesidad; es su forma de ser y su naturaleza.

PELETERO.- Recemos entonces un "paternoster".

PATHELIN.- Voy a decirle poco a poco el negocio que hemos hecho y que, si está de acuerdo, os atienda.

PELETERO.- ¡Bien dicho!

PRESBÍTERO.- (*APARTÁNDOSE UN MOMENTO DE LA ESQUINA Y HACIENDO COMO SI SE OXIGENASE. APARTE*). Me duele la cabeza de confesar: es un fastidio... “¿En qué momento fue? ¿En qué semana? ¿Está casada? Pues si ella es una mujer casada es necesario que se ande con cuidado...”

PATHELIN.- Tenga buen día, señor.

PRESBÍTERO.- Dios os guarde. ¿En qué puedo serviros?

PATHELIN.- El caso es que hay aquí uno, si me hace el favor, que quiere confesarse y yo lo he dirigido a vuestra persona, que por lo que yo conozco y por lo que le he oído a muchos decir, bien sé que sabe instruir y del mismo modo lo bien que pregunta.

PRESBÍTERO.- ¡Por mi alma, no sé quienes puedan ser esos que decís que conocen mi labor!

PATHELIN.- Pero ellos sí lo saben. ¡Vive Dios! Volviendo a lo que os decía. Antes de que se vaya de aquí, si os parece bien, prestadle atención. Con los beneficios de esta confesión tendréis para una docena de meses, en dinero contante, y luego iréis cantando a satisfacer cualquier deseo que tengáis.

PRESBÍTERO.- (*CODICIOSO*). Cuando queráis, a vuestra disposición, tomaré gustoso la carga.

PATHELIN.- Para contaros ampliamente su caso y su comienzo, es de una complejidad por momentos fantástica y muchas veces, cuando le pica el gusanillo, se vuelve insensible, tanto como podría llegar a pensar locuras que le vienen, como Pedro por su casa. Pero, aunque diga algunas cosas, no hace ninguna locura mala, y sí hay intervalos, como ahora, que es muy prudente. Por tanto, le ha dado fuerza, tanta como buen propósito tiene, para deciros dos o tres palabras por aquello de su conciencia. Vuestra eminencia sabe mucho, si por casualidad quiere fantasear como suele, para pararle los pies.

PRESBÍTERO.- Por mi fe, yo confieso a mucha gente: ¡Es un trabajo muy duro!

PATHELIN.- Por eso, haced lo posible por coger el dinero; y cuando lo hayáis confesado, venid a comer con nosotros, si os parece bien; tendréis la comida preparada en esa taberna cercana.

PRESBÍTERO.- Bien, me tomaré el encargo de despacharle en cuanto venga. Pero es necesario esperar un rato mientras yo me despejo, he salido a tomar el aire un poco, pero me abordan por la calle para que los confiese...

PATHELIN.- ¡Huy! ¡Este año hay buena cosecha de pecadores! Vedlo ahí, lo he traído conmigo.

PRESBÍTERO.- Bien, bien; le atenderé en cuanto pueda.

PATHELIN.- Señor, ya lo sabéis; os pido que lo atendáis deprisa.

PRESBÍTERO.- (*UN POCO IRRITADO*). ¿Sin que él adelante a nadie? (*CEDIENDO*). ¡Bien, entiendo de lo que se trata!

PATHELIN.- Por favor, decidele que ahora le atenderéis.

PRESBÍTERO.- Muy bien... (*DICE ALGO A LA PERSONA QUE ESTÁ DETRÁS DE LA ESQUINA, COMO DISCULPÁNDOSE Y SE DIRIGE AL PELETERO, ACERCÁNDOSE A ÉL*). Amigo mío, estaré con vos enseguida.

PELETERO.- Bien, señor. (*EL PRESBÍTERO VUELVE A LA ESQUINA Y SIGUE EN SU TAREA*).

PATHELIN.- Yo me voy delante para que pongan la mesa. Venid a la hora convenida, señor.

PRESBÍTERO.- ¡Por San Juan, vamos a ello! ¡Estaremos muy pronto detrás de vos!

PATHELIN.- Allí os espero. (*PATHELIN, SE ACERCA AL PELETERO*). ¿Habéis oído?, estoy seguro de que enseguida seréis despachado. Yo le he contado todo el negocio y la suma total.

PELETERO.- ¡Vaya! ¿Me hará el pago aquí?

PATHELIN.- ¡Por todo el firmamento, vais a verlo! (*VUELVE JUNTO AL PRESBÍTERO*). ¿No le vais a despachar aquí?

PRESBÍTERO.- Sí, cielos: es lo mejor.

PATHELIN.- ¡Vaya! ¿Y pronto?

PRESBÍTERO.- ¡Otra vez! ¡Dios! Cuando haya acabado de confesarse esta mujer a la que estoy atendiendo. En el instante en que se haya levantado; si al momento alguien se presenta para confesar, será despedido como acabo de decir.

PATHELIN.- (*VOLVIENDO CON EL PELETERO*). Para la comida, voy a pensar en comer pues, será necesario beber algo para ir conociéndose mejor.

PELETERO.- ¡Si hace falta que esté mucho tiempo aquí...!

PATHELIN.- ¡Nada, de nada!

PELETERO.- ¡Voy a desfallecer!

PATHELIN.- Después de que hayáis recibido y recontado todo vuestro dinero, vendréis con él a comer. ¿No lo habéis escuchado bien? Yo no os sirvo de nada ya que él sabe la cantidad. Decid un Ave María, si os aburrís mientras esperáis.

PELETERO.- Esperaré entonces mientras esa mujer acaba. ¡Eh! ¿Se lleva el fardo? Sabed que no lo quiero perder de vista.

PATHELIN.- ¡Huy, si yo os contara! ¡En eso tenéis toda la razón, el mundo está lleno de sinvergüenzas! (*REGODEÁNDOSE*). Nada, nada. Todos los negocios que hicierais fueran tan seguros como este.

PELETERO.- ¡Bueno está, puede marcharse!

PATHELIN.- (*INICIANDO EL MUTIS*). Ordenaré que preparen una gran caldereta con la anguila que os va a regalar el párroco.

PELETERO.- Le pido que no invente nada que se salga de lo acordado. El vino lo quiero bueno.

PATHELIN.- ¿Querréis algo caro? ¡Este vino será mejor que el que pagó Vargas!

PELETERO.- Es bastante.

PATHELIN.- ¡Que en este tiempo la suerte os sea propicia! (*SALE*).

PRESBÍTERO.- (*A LA MUJER*). Veamos, amiga mía, ¿cuántas veces habéis tenido compañía? (*PEQUEÑA PAUSA*). O sea, una multitud.

PELETERO.- (*APARTE*). Yo tendré ahora un buen puñado de dinero por mis paños, aunque son medianos; ¡las pieles no son muy grandes! Yo quiero ahora dieciocho francos. Y si él lo duda mucho, habré, por Dios, ganado un escudo de oro de principio. Pero ya que el cura paga todo, no me preocupa: ¡él pujará primero!

PRESBÍTERO.- (*A LA MUJER*). Haced bien vuestra penitencia y procurad, de aquí en adelante, comportaros mejor que hasta ahora, pues habéis pecado mucho. "In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, Amén". (*AL PELETERO*). Amigo mío, venga.

PELETERO.- Señor, aquí estoy.

PRESBÍTERO.- Os tengo en consideración, pero es necesario acabar aquí.

PELETERO.- Es razón: conviene hacer lo que hay que hacer.

PRESBÍTERO.- ¡Digámoslo así!

PELETERO.- ¡Decid pues, señor!

PRESBÍTERO.- Veamos. Colocaos.

PELETERO.- Está todo visto. ¿No le ha advertido de cómo es la cosa?

PRESBÍTERO.- Sí, amigo mío, y estoy preparado para despacharos ahora.

PELETERO.- ¿No estáis enterado del asunto tal como os ha dicho?

PRESBÍTERO.- ¡Sí, cielos! Y cuanto se ha acordado yo lo haré.

PELETERO.- ¡Démonos prisa entonces!

PRESBÍTERO.- Poneos de rodillas, como es norma.

PELETERO.- ¿Y eso porqué?

PRESBÍTERO.- Es la manera de estar para relatar vuestro caso humildemente.

PELETERO.- Este lugar no es muy apropiado, vamos sobre una mesa o a una casa, para tratar tranquilos.

PRESBÍTERO.- No es necesaria tanta comodidad. Arrodillaos aquí un momento.

PELETERO.- ¡Por mi alma, no me hace falta hasta que tenga lo que pido!

PRESBÍTERO.- Cuanto más grande sea la humildad del pecador, más elevada es.

PELETERO.- Me cansaré si estoy mucho tiempo así.

PRESBÍTERO.- Estaréis bien. Devotamente. ¡Daos prisa sin tanto protestar!

PELETERO.- Es vuestra señoría quien debe darse prisa: ¡Despachadme!

PRESBÍTERO.- Contadme, pues, cuántas veces, en cuánto tiempo y enseguida os despacharé.

PELETERO.- ¡Dádmelo y yo lo contare! No lo voy a contar aquí.

PRESBÍTERO.- ¡Cielos! No se puede decir así. ¿Sabréis contarme vuestro caso?

PELETERO.- ¡Está bien! ¿Pero, no os lo ha contado éste hombre que se ha ido?

PRESBÍTERO.- ¿Pensad que él me ha contado vuestro caso particularmente? Solamente vos podéis saber vuestro caso con certeza.

PELETERO.- Luego es verdad, hablando lisa y llanamente, que hay dieciocho francos por todo.

PRESBÍTERO.- ¡Pero cielos! ¡Cielos! ¿Qué dice?

PELETERO.- Hay más, me falta contar el fardo que lleva él.

PRESBÍTERO.- Tenéis que decirlo de otra forma: ¿Qué es esto? ¡No entiendo nada!

PELETERO.- Es vuestra gracia, quien no habla bien. ¡No hacéis más que farfullar!

PRESBÍTERO.- Primero decid sin embrollaros: "Benedicite".

PELETERO.- ¿Y por qué? ¿Qué necesidad hay?

PRESBÍTERO.- Por ser la costumbre.

PELETERO.- ¡Cuando yo vea la mesa puesta, lo diré y no de otro modo!

PRESBÍTERO.- Ese es el comienzo y la fórmula de la confesión, y luego vuestro "Confiteor".

PELETERO.- ¡Entréguele oro o dinero! No hacéis más que desvariar. ¿A qué propósito confesarme ahora? ¡No es el momento!

PRESBÍTERO.- Amigo mío, lo que creo es que vuestro entendimiento está dislocado, de pura confusión.

PELETERO.- ¡Tengo que estar arrodillado todo el día? ¿Qué tiene que decir? Me hacéis ponerme así para burlaros, creo que estáis jugando conmigo.

PRESBÍTERO.- ¡No digáis eso, amigo mío, por mi fe! No es para adorarme a mí, sino por el amor de Nuestro Señor, que yo represento, aunque sea en plena calle.

PELETERO.- Pagadme, por Dios, ya que representáis al hombre que debe pagarme la cuenta que me debe, por la mercancía que lleva.

PRESBÍTERO.- Delante de un ministro de Dios, si él lo pide, hay que rezar, y no hablar de tales embrollos: ¡Éste no es el mejor momento para comerciar!

PELETERO.- ¿Es pecado pedir lo que legalmente se me debe?

PRESBÍTERO.- ¡Sabéis muy bien que no tengo nada vuestro!

PELETERO.- ¡Nada!

PRESBÍTERO.- ¿De qué oficio sois?

PELETERO.- ¡Por todos los diablos del infierno, soy peletero!

PRESBÍTERO.- No hay que calentarse, amigo mío. Hablad sensatamente y confesaos de buen grado.

PELETERO.- Confieso que me debéis dieciocho francos y que tenéis género que vale mucho más...

PRESBÍTERO.- ¡Dios os devuelva la memoria! ¿De dónde viene ésta melancolía? ¡Que locura! Ruego a Dios que os aclare. ¿Estáis bebido a estas horas? ¡Amigo mío, desvariáis!

PELETERO.- ¡Dios! ¡Por la muerte! ¡No estáis ni la mitad de cuerdo que yo!

PRESBÍTERO.- ¡Sin jurar, por piedad! Es necesario que os confeséis, amigo mío, y que penséis en Dios, como un hombre de bien.

PELETERO.- ¡Pero pensad, por el diablo, en pagarme! ¡Antes el dinero en la mano!

PRESBÍTERO.- ¡Jamás he visto turbarse tan de pronto el entendimiento de un hombre!

PELETERO.- ¿Os preocupáis de llevar mis paños sin haber sido pagados? ¡Si me habéis deshecho, pagadme sin abusar más!

PRESBÍTERO.- Recordad vuestros pecados, sin dejar nada, de cabo a rabo.

PELETERO.- ¡Cuerpo de Dios! Os lo he contado todo y lo que quiero es recibir...

PRESBÍTERO.- ¡Cómo! ¿Queréis recibir el Cuerpo del Señor? Antes es necesario que os confeséis correctamente.

PELETERO.- ¡Pero qué diablo de entendimiento! No hay forma de haceros comprender. Cuando os hablo de recibir el dinero...

PRESBÍTERO.- ¡Qué decepción más grande!

PELETERO.- Dadme la solución.

PRESBÍTERO.- Haced primero la confesión. ¿Cómo voy a daros la absolución sin confesaros?

PELETERO.- ¡Rabio! ¡Yo no os hablo de absolución, por el diablo, sino de resolver! ¡Me entendéis solo a medias!

PRESBÍTERO.- ¡Yo no os doy nada amigo mío, estáis confundido de mollera!

PELETERO.- ¿Queréis dejaros, entonces, de tonterías? ¿Soy yo así de tarugo? Ese hombre vuestro que sale de aquí me ha dicho que me pagaríais muy bien...

PRESBÍTERO.- ¿Pero cuál? ¡Ese no es mi hombre!

PELETERO.- ¡Por Dios que sí lo es! ¡Que es el vuestro!

PRESBÍTERO.- Y, por Santiago apóstol, que no lo conozco de ninguna manera. Me ha dicho que os confiese ahora y que me pagaréis muy bien, tanto como para una docena de meses.

PELETERO.- ¡Así le entre una fiebre cuartana!

PRESBÍTERO.- (APARTE). ¡He aquí un hombre descompuesto!

PELETERO.- ¿No le habéis enviado a la taberna para preparar vuestra comida, mientras que me entregáis el dinero? Él dice que es vuestra mano derecha.

PRESBÍTERO.- Ha ido a la taberna donde nos espera, eso es lo que me ha dicho.

PELETERO.- ¡Vaya a adivinar dónde estará ahora! ¡El diablo lo averigüe!

PRESBÍTERO.- ¡He aquí un hombre que me enfada terriblemente!

PELETERO.- ¡Y bien enfadado! ¿No me he quedado yo muerto? ¿Seré escuchado por fin? Os ruego, de una vez por todas, ya que esto está durando bastante, que me paguéis, párroco del demonio.

PRESBÍTERO.- ¡Solo pequeño capellán!

PELETERO.- ¡Sois cura, con todas las de la Ley!

PRESBÍTERO.- No soy, por cierto, más que un simple vicario.

PELETERO.- ¿Queréis hacérme creer? ¡Sí que sois, bendito San Pablo!

PRESBÍTERO.- (APARTE). ¡Santa María, qué loco! (A TONO NORMAL). ¡Cuándo debe volverse hacia Dios, él me viene a reprimir con una pila de locuras sin razón alguna!

PELETERO.- (APARTE). ¡Bien dicho! ¡Pero cuando debe pensar en pagarme, él me habla de confesión sin hacer mención del dinero!

PRESBÍTERO.- (APARTE). Lo que he hecho, lo hago con buena intención, por abreviar.

PELETERO.- (APARTE). ¡Ya está bien de perder el tiempo! Estoy perplejo. ¡Habría que decir, “Benedicite”!

PRESBÍTERO.- “Deus sit in corde tuo... Ad vere confitendum pecata tua, in nomine Patris et Filius et Spiritus Sancti. Amen”.

PELETERO.- ¡Otra vez con lo mismo! ¡Bueno, bueno! ¿Qué diablos me soltáis a mí latinajos? (EL PRESBÍTERO LE HACE LA SEÑAL DE LA CRUZ). ¡Hacéis de la cruz un gran signo, como si hubieseis visto todos los diablos!

PRESBÍTERO.- Amigo mío, yo no invento nada; es una bendición que doy al comienzo de vuestra confesión.

PELETERO.- ¡Y Dios os da, al contrario, maldición y desgracia! (APARTE). ¡Qué irrisión! ¡Sangre de Cristo! ¡Dejará, alguna vez, de darme entremezclados la bendición y el pago del dinero?

PRESBÍTERO.- (APARTE). Está rematadamente loco, sin duda alguna; se comporta como ese hombre me había dicho. (A TONO NORMAL, AL PELETERO). Amigo mío, puesto que no os decidís a confesaros, es necesario que acabemos.

PELETERO.- ¿Y quién pagará mi mercancía? ¿No pensáis despedirme sin mis pieles y mis paños y sin cobrar? Pagadlos o devolvedlos; tenéis que entender que: o tenéis que pagar, o devolver.

PRESBÍTERO.- ¡No sé lo que pretendéis! ¡Esto es una solemne majadería!

PELETERO.- ¡No, sino una grandísima estafa! Me parece que he entendido bien el asunto: levantarme y escamotearme los paños... ¡Los dos sois más traedores que dadores, peligrosos y malignos estafadores! ¡Cómo he venido a dar con tales fulleros! ¡Qué encuentro! ¡Qué aventura!

PRESBÍTERO.- ¡Eh! ¡No me injuriéis u os devolveré la jugada!

PELETERO.- ¿Pensáis que os iba a traer así mis géneros? ¿Queríais los paños y las pieles a mi costa? ¡“Ubi” de “hoc”! (¡Aquí de donde!).

PRESBÍTERO.- ¡”Velis nolis”! (Quieras o no quieras) ¡Si os doy un mordisco os haré huir enseguida!

PELETERO.- ¡El diablo se lleve al capellán, al cura y al monaguillo!

PRESBÍTERO.- ¡No, al peletero solamente!

PELETERO.- ¿Así me veo por ser estricto? ¡Me los rapiñáis en descampado, traidor, ladrón! ¡Perder dieciocho francos de un golpe! ¡Qué privilegio de comerciante! ¡Ladrones, sacrílegos de vagancia y de pensamiento!

PRESBÍTERO.- Él dice que es vuestro vecino...

PELETERO.- A mí me ha dicho que es mi primo. ¡Que el diablo se lleve el parentesco y a todos los de su parentela! ¿Cómo puedo resolver esto?

PRESBÍTERO.- Vaya a la taberna a ver si está allí, como me ha dicho.

PELETERO.- ¡Si él está y me mentís, por mi fe, que yo volveré furioso contra vos! (SALE).

PRESBÍTERO.- (SOLO Y MEDIO ATURRIDO). ¡A mí con esas! Así de pronto, no sé que pensar, si es tonto o si está equivocado. De todas formas, sea lo que sea, no iré a comer a mi casa, pues él vendrá a la casa presbiteral, a toda prisa, si no encuentra a su hombre. Ante la duda, voy a comer a casa de mi “comadre”. Allí estaré tranquilo para beber y estar todo el tiempo que quiera, y que se hunda el mundo. (SALE A TODA PRISA).

ESCENA VII

SALE POR LA DERECHA GUILLERMINA, SEGUIDA DE PATHELIN, Y DESCORRE EL TELÓN DE SU CASA. SALE POR LA IZQUIERDA TIBURCIO BORREGUITO, QUE LLAMA A VOCES.

TIBURCIO.- (*LLAMANDO DE VIVA VOZ*). ¡Abogado! ¡Ah, de casa! ¿Quién está en esta casa?

PATHELIN.- (*HACIENDO LO IMPOSIBLE POR HABLAR BAJO*). ¡Que me ahorquen por el pescuezo, si no se trata el vendedor de paños que regresa!

GUILLERMINA.- (*EN TONO BAJO TAMBIÉN*). No lo quiera Dios; ese es el peor granizo que podía caernos. ¡Que no suceda semejante cosa! (*SALE*).

TIBURCIO.- ¡Dios sea con los habitantes de esta casa! ¡Que dios Nuestro Señor guarde a los que aquí moran!

PATHELIN.- (*HACIENDO COMO QUE ABRE Y SALIENDO MUY SERVICIAL*). ¡Dios te traiga, buen amigo! Bien, ¿qué asunto te acerca a mi casa?

TIBURCIO.- Me buscarán por prófugo de la justicia y por rebelde, abogado, si no acudo puntualmente a una citación del juez. Un requerimiento. Os suplico que, hacia el ángelus, me acompañéis como mi abogado de causa, y que defendáis mis intereses; puesto que, si os soy sincero, yo no comprendo ni iota de esos asuntos de las leyes. No os engañe mi apariencia, tengo dinero para pagarlos todo lo bien que deseéis.

PATHELIN.- (*VIENDO EL CIELO ABIERTO*). ¡Oh, mi buen amigo! Aproxímate y me explicas ese asunto un poco mejor. ¿Qué parte eres: la que demanda o la demandada?

TIBURCIO.- ¡Qué me parta un rayo, si entiendo un celemín de esas palabras! Es el caso, que estoy metido hasta el cuello en un mal asunto, que tengo pendiente con un mercader, así mala rabia lo lleve al infierno, y me va en ello todo lo que poseo. ¿Entendéis por qué os he venido a buscar? He trabajado de pastor para dicho comerciante, así reviente junto con su avaricia, unos diez años, llevando a pacer sus ovejas durante ese tiempo; a fe que se las careaba con cuidado y esmero... mas llegó a la conclusión de que me pagaba una miseria... ¡Tengo que declarar ante usted todo? Quiero decir, todo, todo. ¡Ya me entiende!

PATHELIN.- Por supuesto que sí: al abogado que va a sacarle las castañas del fuego a uno, hay que decirle todo y más.

TIBURCIO.- En ese caso tengo que decirle, que he tundido a garrotazos, a todas las ovejas que se me cruzaban por delante, a cuantas se ponían al alcance de mi cayado, vamos. Naturalmente que morían como chinches. Crea que no lo hacía por maldad, si no porque me las comía. Después le decía que habían fallecido del mal de la pezuña. Otras veces que el lobo había reclamado su parte del rebaño. ¿Qué os voy a contar que no podáis imaginar? Total que tanto fue la mosca a la miel que quedó atrapada. En una palabra, que abusé de tejemanejes por aquí, tejemanejes por allí; me puso espías y creo que me ha pillado dando de vientre, como decimos en la aldea. Con las manos en la masa, ¿entiende? Así que, en razón de lo que os he contado, os pido que le urdamos una trampa. No os preocupéis por el dinero, yo sabré corresponder generosamente. El comerciante tiene toda la razón ante la ley, pero yo sé que si os empeñáis, hallaréis los medios para quitársela.

PATHELIN.- ¡Prometo que no tendrás motivo de queja y que quedarás satisfecho! Bueno, veamos. ¿Qué suma me abonarás si cambiamos las tornas contrarias a tus intereses? ¿Si logramos que te salga favorable la causa y ganes el pleito?

TIBURCIO.- Os juro que cobraréis en escudos de oro, de los que llevan la corona.

PATHELIN.- En ese caso da por ganado el pleito, y aunque fuese más crítica aún tu situación, también lo ganarías. Porque has de saber que cuando más perdidos tienen sus casos mis defendidos, hago que los ganen con más facilidad, aplicando mi experiencia e ingenio. Te sorprenderás cuando me oigas inventar retruécanos que no dicen nada y equívocos de toda índole, en el instante en el que esté presentando su demanda. Aproxímate, que quiero hacerte unas preguntas. Por la sangre de Nuestro Señor, ¿tienes la suficiente astucia para comprender total y perfectamente la trampa? ¿Qué nombre tienes?

TIBURCIO.- ¡Por San Mauro-des Fossés! Me llaman Tiburcio Borreguito.

PATHELIN.- Borreguito, ¿cuántos borreguitos lechales has robado a tu amo?

TIBURCIO.- Puede que hayan ido a parar a mi barriga más de treinta, en los últimos tres años.

PATHELIN.- Diez por año, si no nos quedamos cortos. (*SE PASEA DE UN LADO A OTRO PENSATIVO*). Como podérsela pegar, creo que se la pegaré. Vamos a ver. ¿Sería posible que encontrásemos testigos, lo más deprisa que pudiéramos, con el fin de probar al menos los hechos más importantes? Con esos testigos, aseguraríamos la base de una buena defensa.

TIBURCIO.- ¿Que presentemos pruebas, señor? ¡Dios nos asista! ¡Por todos los santos que pueblan el cielo! ¡Si yo presento un testigo, él me aplastará con veinte que declararán en mi contra!

PATHELIN.- Este hecho no inclina la balanza a tu favor, de ninguna manera... (*VUELVE A PASEAR PENSATIVO UNOS INSTANTES*). Veamos. Hagamos lo que te voy a decir, yo finjo que eres un desconocido para mí, que no te he visto jamás.

TIBURCIO.- ¡No, por Dios Nuestro Señor! ¡No debéis hacer eso!

PATHELIN.- No te asustes ni tengas preocupación alguna por nada. Te aseguro que es conveniente que actuemos de esta forma. Son muy hábiles, y si te dejo que hables, te pondrán nervioso con sus preguntas de doble intención, no sabrás lo que te dices y antes de que te puedas dar cuenta tendrás la soga al cuello. Te llevarán a las arenas movedizas de las contradicciones, a un remolino que te engullirá. Cualquier confesión perjudica y causa más mal que una pulmonía. Pecar de inocente es un monstruo que suele devorar sin contemplaciones. Si caes en el galimatías en el que procurarán meterte, será tu sentencia. ¡Un lío! Para esquivar esa situación, haremos lo que vas a oír: En el momento en el que te digan que tienes que comparecer ante el tribunal, responderás únicamente “¡bée!”, a la más mínima pregunta que te hagan. Y si llegan a incomodarse y te insultan, llamándote: “¡Eh!, ¡cretino pestilente! ¡Que Dios te premie con un año nefasto, barbián! ¡Te ríes del tribunal?”, sigue respondiendo “¡bée!” “¡Ah!”, responderé yo, “es un pobre bobo, necio y de pocas luces: el infeliz piensa que está dirigiéndose a su ganado”. Y no se te ocurra, aunque oigas, veas y sientas, que se comen las entendederas para buscarte las cosquillas, que tu boca suelte palabra. ¡Bajo ningún juramento digas esta boca es mía! ¡Pon en esto sumo cuidado!

TIBURCIO.- Haré todo cuanto me pedís, curándome en salud, os lo juro por lo que me va en ello.

PATHELIN.- Permanece alerta y haz acopio de cuanta firmeza seas capaz de conseguir. Al primero al que tienes que contestar “¡bée!” es a mí, sin ningún tipo de miramientos, a todo cuanto yo te pregunte. Lo tengamos convenido o no.

TIBURCIO.- ¡Que reviente, si os contesto otra cosa! (*JURA BESÁNDOSE EL DEDO PULGAR*). ¡Por estas que lo haré así! No dudéis en afirmar que estoy loco de remate, si a partir de este momento suelto ante nadie otra palabra, me pregunten lo que me pregunten, que no sea “¡bée!”

PATHELIN.- Por San Juan, de este modo tu demandante se precipitará de lleno en la celada que le hemos tendido. Si cae, este tipo de trampas son tan efectivas, que no podrá salir de ella ni “per saécula saeculórum”. (*Por los siglos de los siglos*). Bien, es preciso que nos ocupemos de mis honorarios, para cuando acabe el juicio.

TIBURCIO.- Señor Pathelin, si yo no os pagase de la misma manera que vos pagáis, no debéis creerme nunca, pero, os lo suplico, entrad de lleno, con toda la rapidez que os sea posible, a solucionar mi asunto.

PATHELIN.- (*DÁNDOSE CUENTA DE QUE LLEGA TARDE*). ¡Vaya por Dios! Seguro que el juez abrió ya la sesión de hoy, pues suele hacerlo al medio día. No vayamos juntos, acude por otro itinerario. Ayúdame a cerrar la puerta.

TIBURCIO.- (*RECOGE EL TELÓN. BOBALICÓN*). Estáis en todo. Es mejor que vea que no tenemos relación alguna.

PATHELIN.- ¡Por Nuestra Señora! ¡Hasta Judas cobró lo convenido! ¡Desgraciado de tí, si se te ocurre burlarme y no me pagas con largueza!

TIBURCIO.- ¡Por Jesucristo! ¡Seré tan honrado como vos en esto! ¡No dudéis, mi señor Pathelin, que será a vuestra manera! (*SALE POR LA DERECHA*).

PATHELIN.- (*CONTENTO Y HACIENDO CÁBALAS*). ¡Diablos! Éste majadero me ha venido como llovido del cielo. Menos da una piedra, algún dinero vendrá a parar a mis necesitadas manos, seguro que obtendré un beneficio. Por mal que vengan dadas en el juicio, encontraré la manera de que me pague. Si todo sale a pedir de boca, un par de escudos o tres caerán en mi faltriquera, por este embrollo. (*SALE POR LA IZQUIERDA*).

ESCENA VIII

SALE POR LA IZQUIERDA EL JUEZ, CON UNA TABLA Y UN MAZO DE MADERA EN LAS MANOS Y DESCORRE UN TELÓN EN EL QUE HAY PINTADO UN GRAN ARBOL, ANTE ALGUNAS CASAS DEL PEBLO. SALE POR LA IZQUIERDA GUILLERMO, EL PAÑERO, SE PONE EN SUS PROXIMIDADES, LE SALUDA Y LE DA COBA HACIÉNDOLE LA PELOTA.

GUILLERMO.- (*QUITÁNDOSE EL GORRO*). Señor Juez, la paz de Dios y su misericordiosa justicia, sean con su señoría.

JUEZ.- Lo mismo digo. Cubríos. ¿Sois demandante o demandado?

GUILLERMO.- Demandante, demandante.

JUEZ.- Bien, bien.

(SALE POR LA DERECHA PATHELIN, QUE AL VER A GUILLERMO, EL PAÑERO, PREFERIRÍA QUE SE LO TRAGASE LA TIERRA, PERO EL JUEZ YA LE HA VISTO, Y MEDIO TAPÁNDOSE LA CARA SALUDA AL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL).

PATHELIN.- (*DESCUBRIÉNDOSE LA CABEZA UNAS DÉCIMAS DE SEGUNDO Y VOLVIENDO A CUBRÍRSELA PARA EVITAR QUE GUILLERMO, EL PAÑERO, LE RECONOZCA*). Señor Juez, que toda la buena suerte de Dios

caiga sobre vuestra señoría, y os otorgue cuanto pueda desear vuestro justo corazón.

JUEZ.- (*UN POCO MOSQUEADO POR LA RAPIDEZ CON QUE LE HA SALUDADO PATHELIN*). Cubríos, no sea que cojáis frío. Os doy la bienvenida. Acercaos.

PATHELIN.- Preferiría, si no tenéis inconveniente, permanecer aquí donde estoy... Gracias, sois muy amable, señor juez. Me encuentro más cómodo en este sitio. (*ENTRA TIBURCIO, COMO GALLINA EN CORRAL AJENO Y SE SITUA DISCRETAMENTE*).

JUEZ.- Bueno, vayamos al motivo que nos ha traído aquí. ¿Qué asunto es el que hay que resolver? Os apremio para que lo solucionemos. Pues tengo motivos para levantar la sesión en cuanto me sea posible.

GUILLERMO.- (*MIRANDO DE MALA MANERA A TIBURCIO, EL PASTOR*). Mi abogado debe estar de camino, llegará de un momento a otro. Un asunto nimio, nada importante, lo está retrasando; sin ánimo de abusar de vuestra amabilidad, os ruego, si os parece bien, que le esperéis... Yo personalmente os lo agradezco.

JUEZ.- (*ALGO MOLESTO*). ¡Vamos a empezar! ¡Si esperásemos a todo el que no se presenta a su hora, no acabaríamos nunca! He de presidir otros casos en aldeas y pueblos vecinos. Bien, plantead vuestro negocio, sin más dimes ni diretes. ¿Sois el demandante, no?

GUILLERMO.- En efecto, soy yo, señor juez.

JUEZ.- ¿Se ha presentado el demandado? ¿Se encuentra aquí personalmente?

GUILLERMO.- (*HACIENDO UN GESTO HACIA TIBURCIO, EL PASTOR*). Ese es, miradlo ahí, callado como un muerto, sin decir ni pío. ¡Qué pensará, Dios lo sabe!

JUEZ.- Empecemos por el demandante, puesto que están presentes ambas partes. Relatad los motivos por los que le demandáis. Daños y cualquier otra cosa de la que tengáis queja.

GUILLERMO.- Como digáis, señor juez. Expondré mi reclamación con todo detalle. Señor juez, la verdad es, y Dios no me dejará mentir, que el demandado se crió en mi casa, que le eduqué desde niño; de modo y manera que, como suele hacerse, cuando tuvo edad de poder hacer un trabajo responsablemente, lo llevé al campo y lo puse de pastor a guardar mis rebaños; más, tan cierto como que os encontráis delante nuestro, señor juez, que ha diezmado mis ovejas y corderos haciendo una carnicería... Por lo que si de buscar la verdad se trata...

JUEZ.- Poco a poco. ¿Estaba a vuestro servicio como asalariado, por un casual?

PATHELIN.- Señor juez, perdonad que me inmiscuya. Ese demandado al que os referís, y al que no conozco, debía estar trabajando por un salario; en justicia siempre ha sido así. Imagínese si hubiese corrido el riesgo de cuidar las ovejas, de trabajar, sin sueldo alguno...

GUILLERMO.- (*MIRANDO INSISTENTEMENTE A PATHELIN, HASTA QUE ACABA POR RECONOCERLO*). ¡Que me aspen! ¡Por todos los santos anónimos! ¡Así Dios me saque de esta pesadilla! ¡Por la madre que me parió! ¡Renegaré eternamente de Dios! ¡Que me desuellen vivo si no creyese a pie juntillas que realmente no sois vos!

(*PATHELIN, HACE TODO LO IMPOSIBLE POR CUBRIRSE LA CARA CON SU MANO*).

JUEZ.- ¿Qué os sucede? ¿Algún demonio os levanta la mano por la fuerza? ¿Para qué subís el brazo a esa altura? ¿Dolor de muelas, quizás?

PATHELIN.- En efecto, sí. Me están dando tal batalla, mejor paliza, que jamás en mi vida había padecido nada que se le pudiese comparar. No es dolor, es el mismo mal

en persona. No me permite elevar la cabeza. Os ruego, por Dios Santísimo, que continuéis con el juicio.

JUEZ.- (A *GUILLERMO, EL PAÑERO*). Vamos, vamos, daos prisa: terminad de informar. Acabad, de una vez.

GUILLERMO.- (EN UN APARTE). No cabe duda, es el mismísimo Pathelin. ¡Por la cruz en la que crucificaron a Jesucristo! (*DIRIGIÉNDOSE A PATHELIN, CON MUY MAL TONO*). Vos sois el que me compró y al que yo vendí seis alnas de buen paño, señor Pathelin.

JUEZ.- (*MIRANDO A UNO Y A OTRO INDISTINTAMENTE, Y SIN ENTENDER NADA DE NADA. A PATHELIN*). ¿Qué tiene que ver? ¿Qué dice de un paño?

PATHELIN.- Navega sin rumbo. Divaga desesperado, como un perro tras un hueso. Trata por todos los medios de salirse con la suya, de distraer la atención de los presentes, para ganar este pleito, pero el pobre no tiene ni idea de cómo conseguirlo. En una palabra, no ha mamado la Ley, no aprendió cómo lograrlo.

GUILLERMO.- ¡Qué me ahorquen si no ha sido este, y no otro, el que me estafó el tejido de paño! ¡Por el árbol en el que se ahorcó Judas!

PATHELIN.- ¡Qué manera de inventar infundios y disparates, Dios lo sane, para ganar el juicio a toda costa! Creo que dice (¡qué perra ha cogido!) que el demandado, este pacífico pastor, le vendió la lana, –o yo al menos he malentendido eso– con la que, según él, fabricaron el paño de mi vestimenta; también, del mismo modo, acusa a su pastor de que se apropió y le robó lana y ganado.

GUILLERMO.- (ENFRENTÁNDOSE DIRECTAMENTE CON PATHELIN). ¡Que dios me persiga con un año terrible si vos no guardáis mi tejido de paño!

JUEZ.- (DANDO MAZAZOS EN EL TROZO DE TABLA). ¡Orden, orden! ¡Señores, tengamos paz! ¡Por todos los diablos! ¡Os expresáis sin orden ni concierto! ¡Con absoluto atropello! ¿Sería mucho pediros que volváis al asunto de la demanda, sin hacer perder el tiempo a esta Corte, con charlatanería tan incomprensible? ¡Volvamos a nuestras ovejas!

PATHELIN.- (A *PUNTO DE REVENTAR DE RISA*). ¡Las muelas me traen a mal traer y debo reírme para soportar el dolor! Ha cogido carrerilla y no sabe cómo ni a dónde va. Sería conveniente que se lo recordásemos.

JUEZ.- (A *GUILLERMO, EL PAÑERO*). ¡Daos prisa! ¡Nada de meteros en otros sembrados! Aborde el asunto: ¿qué le sucedió a sus ovejas?

GUILLERMO.- Me escamoteó seis alnas de paño excelente, que valen nueve francos.

JUEZ.- ¿Nos quiere tomar por tontos o lelos? ¿En qué lugar creéis que os encontráis?

PATHELIN.- ¡Rediez, qué forma de llamaros bestia!, ¡y tiene aspecto de buena persona! Soy de la opinión que quizá debería preguntarse a la parte demandada.

JUEZ.- Estoy de acuerdo, bien dicho. (EN UN APARTE). Este Pedro Pathelin, tiene fama de enredador y trapisondista, pero parece que habla de buena fe. (*NORMAL, A TIBURCIO, EL PASTOR*). Llégate hasta aquí, acércate. (*TIBURCIO, EL PASTOR, SE APROXIMA*). Dí lo que tengas que decir en tu favor.

TIBURCIO.- ¡Bée!

JUEZ.- ¡Eh! ¡Vaya, otra dificultad! ¿Qué intentas argumentar con “bée”? ¿Soy yo de pronto, por arte de birlibirloque, una oveja? Contéstame.

TIBURCIO.- ¡Bée!

JUEZ.- ¡Por todos los santos! ¡Así Dios te premie con cuartanas y disentería eterna! ¿Te ríes de la justicia? ¿Te choteas de mí?

PATHELIN.- Juraría que está loco de atar. Tonto perdido. Parece como si estuviese hablando a sus bestias.

GUILLERMO.- (*POR PATHELIN*). Dios no permita que reniegue de Él, pero estoy seguro que sois vos, y sólo vos, quien ha rapiñado mi tejido de paño. (*SE DIRIGE AL JUEZ ACALORADAMENTE*). ¡Oh!, su señoría no puede saber, de qué manera se aprovechó de mi inocencia y buena fe, para engañarme...

JUEZ.- ¡Silencio! (*DANDO MAZAZOS CON EL MAZO EN EL TROZO DE MADERA*).

¡Callad! ¡Me volvéis loco! ¿Estáis bobo? ¡Echad a un lado ese asunto de segundo orden, y centrémonos en lo primordial!

GUILLERMO.- Perdonadme, señor juez; más os ruego que comprendáis que es un problema que me afecta económicamente y de lleno, pero os aseguro, que no oiréis ni media palabra más sobre ello. (*EN UN APARTE Y COMIDO POR LA RABIA*). (A poco que me descuide, este juez me hará tragar el mazo, con empuñadura y todo). (*NORMAL*). Bien, tengo que decir referente a mi demanda, que como le fié las seis alnas de paño... Perdón, digo mis ovejas... Os lo suplico, señor juez, disculpadme. El amabilísimo y simpático abogado... El encargado de cuidar mis rebaños, en vez de estar apacentándolos en los prados... Me prometió que me pagaría los seis escudos de oro que acordamos, al marcharse para su casa... ¡Me embarullo! Lo que intento decir, es que desde hace tres años llegué a un acuerdo con mi pastor, (*SEÑALANDO A PATHELIN*) aquí presente, que cuidaría con toda su dedicación mis rebaños, sin perjudicarme ni dañar mi hacienda, y en el día de hoy, él se ha quedado con el paño y el dinero. (*HABLANDO E INTENTANDO AGREDIR A PATHELIN*). ¡Ah!, señor Pedro Pathelin, en verdad... (*EL JUEZ SE IMPACIENTA OSTENSIBLEMENTE. GUILLERMO, EL PAÑERO, ACUSANDO A PATHELIN*). Este sinvergüenza, que se encuentra en vuestra presencia, me ha robado la lana de mis ovejas y mi tejido de paño. (*EL JUEZ SE HACE CRUCES*). A los pobres animales los apaleaba hasta matarlos, con un garrote patibulario, dejándole el cráneo hecho harina... Así que con mi tejido de paño debajo de sus ropas, se despidió con toda rapidez, y me invitó a ir a su casa, a comer un pato y beber su vino, prometiéndome que en su vivienda me pagaría los seis escudos de oro, que me adeudaba por el tejido de paño.

JUEZ.- ¡A ver, que yo me aclare! Este galimatías, que repetís como una cotorra, de forma tan reiterativa, no hay por dónde cogerlo. ¡De qué habláis! ¡Habéis organizado un batiburrillo de churras y merinas, que no lo entiende ni el diablo! ¡Embrolláis varios asuntos a la vez! (*SUSPIRA Y TOMA AIRE*). En una palabra, ¡cásptita!, que no he comprendido ni torta. (*SE DIRIGE A PATHELIN*). Lía la turbamulta de la que habla con el tejido de paño, metiendo por medio a unas ovejas enloquecidas por el mal de garbanzuelo. Todo lo que dice es un puro sin sentido.

PATHELIN.- Tiene pinta de quedarse con el salario de este inocente pastor. Seguro que le promete que algún día le pagará.

GUILLERMO.- ¡Estaríais más galán callado! (*LLORIQUEA, MEDIO HACIENDO PUCHEROS*). Con la calidad que tenía mi tejido de paño... (*NORMAL*). Pongo a Dios por testigo... ¿No voy a saber lo que me pasa a mí? Si tengo una china en el zapato o sarna, ¿no lo voy a notar? ¡Por el Santo Sepulcro de Jerusalén! ¡Señor Pathelin, vos os habéis quedado con mi tejido de paño!

JUEZ.- ¡Qué tinglado es este? ¡Qué es lo que pasa?

GUILLERMO.- Nada que no se pueda entender, señor juez. ¡Por la Justicia Divina, que tiene su señoría ante él, al truhán más grande que existe! (*EL JUEZ HACE INTENCIÓN DE COMENZAR A GOLPEAR LA TABLA CON EL MAZO*). Ruego mil perdones, señor juez... Enmudeceré, si consigo dominarme, y no mencionaré este asunto en el futuro, suceda lo que suceda.

JUEZ.- ¡Ah! ¡Hay de vos como lo echéis en el olvido! ¡Y acabad cuanto antes!

PATHELIN.- Me da en la nariz, que por su apariencia, este inocente y buen pastor no tiene caletre para hablar con lucidez y defenderse de los delitos de que se le acusa. Entiendo que es un acto de humanidad que se le ayude, siendo tan tímido y apocado que no osa pedirlo. Señor juez, permitidme que sea su abogado defensor. Yo por ayudar a la justicia, lo haré gustosamente.

JUEZ.- (*ESTUDIANDO A TIBURCIO, EL PASTOR*) ¡Humm! ¿El abogado defensor de este hombre? No me parece a mí que vayáis a disfrutar haciéndolo. No obtendréis ningún beneficio de este marmolillo vestido de pastor. Pero os autorizo.

PATHELIN.- No es mi propósito, en lo que a mí se refiere, ganar dinero alguno por los servicios que le preste a este infeliz. ¡Podéis asegurar que me mueve únicamente la caridad cristiana! ¡Lo juro por Dios! Intentaré sonsacar la información que necesitamos para seguir adelante con el juicio. Con suerte, tal vez me diga o cuente alguna cosa, con la que pueda defenderlo de las acusaciones que pesan sobre él. A éste pobre hombre le será imposible, según estamos comprobando, salir del atolladero, en el que se encuentra, por sus propios medios, si no logra alguna ayuda. (*A TIBURCIO, EL PASTOR, CON DOBLE INTENCIÓN EN EL TONO*). Llega hasta aquí, buen amigo. (*A SOTO VOCCE LE COMENTA AL JUEZ*). Si pudiésemos encontrar el medio de que hablase... (*DE NUEVO A TIBURCIO, INTENCIONADAMENTE*). ¿Me entiendes?

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡Eh! ¡Por el diablo! ¿Qué nos quieres decir con “bée”? ¡Por Jesucristo que derramó su Santísima Sangre, para regar el suelo estéril! ¿No estás bien de la cabeza? Dime tu pliego de descargos. Relátame tu negocio. ¡Ah! ¡“Dura lex, sed lex”! (*Dura es la Ley, pero es la Ley*).

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡Y dale! ¿Se puede saber, balido más o menos, qué dices con: “bée”? ¿Sientes a las ovejas del demandante balar? Tienes que comprender que es por tu bien por lo que te lo pregunto.

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡Ah, por Dios! ¡A mí me basta con que me digas “sí” o “no”! (*SOTO VOCE A TIBURCIO, EL PASTOR*). Bien dicho y mejor hecho, continua así. (*A TONO NORMAL*). ¿Acabarás por decírmelo?

TIBURCIO.- (*A TONO BAJITO*). ¡Bée!

PATHELIN.- Más fuerte, eleva la voz o te arrepentirás, porque te costará caro.

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡”Ídem per ídem”! (*Lo mismo lo uno que lo otro*). ¡Es cierto, el que demanda a un loco y lo enjuicia, es un loco más peligroso que el demandado! (*SE DIRIGE AL JUEZ*). ¡Ah!, señor juez, sentenciadlo a que vuelva nuevamente con las bestias, ¡que bastante tienen con soportarlo!, puesto que está loco de remate.

GUILLERMO.- ¿Cómo que es un loco? ¡Por San Maturín y todos los locos juntos! Tiene la mollera más despejada que nosotros, y está tan cuerdo como el primero.

PATHELIN.- (*SE DIRIGE AL JUEZ*). Pido que sea declarado inocente, que lo mandéis de nuevo a los campos para que se siga encargando de cuidar sus bestias. Sin apelación posible, ¡para que podamos librarnos de él y no regrese nunca a este tribunal! ¡Por todos los demonios! ¡”Súfficit”! (*Basta*). ¡La maldición caiga contra aquel que martiriza a los hombres de leyes, haciéndoles que soporten locos semejantes a éste!

GUILLERMO.- ¡No me lo puedo creer! ¿Van a dejar que se vaya de rositas, sin que me oigan a mí?

JUEZ.- (*DANDO MAZAZOS CON EL MAZO EN EL TROZO DE TABLA*). ¡Dios me ayude! ¡Así nos asista a todos socorriéndonos! ¡"Incontinenti"! (*AL instante*). Por estar loco sin remedio, claro. ¿Qué impide que lo hagamos?

GUILLERMO.- ¡Por su salud, señor juez! Permítame primero exponer mi asunto, argumentando aquello que considere oportuno. Lo que yo he dicho no son embustes, infundios ni burlas.

JUEZ.- No pienso perder más tiempo presidiendo este tribunal en el que han comparecido dos locos. Oidme, si os empeñáis en hablar, levanto la sesión... Con un mazazo acabo con el caso.

GUILLERMO.- ¿Quedarán libres, y se marcharán sin quedar obligados a comparecer nuevamente?

JUEZ.- Decidme, ¿qué queréis?

PATHELIN.- ¿Qué volvamos? (*POR TIBURCIO, EL PASTOR*). ¡No es que esté loco, es que es el rey de los locos! Señor juez, seguro estoy que nunca en vuestra larga carrera presidiendo tribunales, habéis topado con un loco más estrafalario y con mayor locura en lo que responde y en sus actos. (*POR GUILLERMO, EL PAÑERO*). ¡Que me parta un rayo! Afirmo que este otro no vale una moneda "parisi" más que el primero, ambos tienen la cabeza sólo para ponerse el sombrero. ¡Por Santa María la Hermosa, qué juro que los dos juntos no valen una moneda de cobre!

GUILLERMO.- Con taimerías y embaucamientos os habéis llevado mi tejido de paño, sin pagarme mis nueve francos. ¡Por Cristo, que sois el campeón de los pecadores! ¡La honra y vos reñisteis en tiempos remotos!

PATHELIN.- ¡Este loco es de los que llegarán a la puerta del infierno y no lo admitirán por indeseable! Reniego de San Pedro de Roma, que habéis llevado vuestra locura a un límite, en el que podéis contagiarla como la peste, de loco que estáis.

GUILLERMO.- (*IMPOTENTE*). ¡Por el diablo! He reconocido vuestra voz, vuestra ropa y vuestra cara. De loco no tengo nada, al contrario, estoy muy cuerdo, lo suficiente y mucho más de lo que pensáis, pues puedo distinguir a aquel que me dispensa un buen trato. (*SE DIRIGE AL JUEZ, QUE CADA VEZ ESTÁ MÁS IMPACIENTE*). Señoría, si me lo permitís, os desglosaré la historia completa, para limpiar mi honorabilidad y dar reposo a mi conciencia.

PATHELIN.- ¡Aquí se ha caído la burra! (*LLAMANDO OSTENSIBLEMENTE LA ATENCIÓN AL JUEZ*). ¡Mandadle que se calle! ¡Imponed vuestra autoridad ordenándole silencio! ¡"Dura lex, sed lex"! (*Dura es la Ley, pero es la Ley*). ¡"Ex cátedra"! (*Con autoridad de maestro*). ¿Es que no tenéis vergüenza? ¡Cómo se puede pleitear de ese modo, discutir incansablemente, avasallar a un pobre e infeliz pastor, que se gana la vida con la miseria que le pagáis! ¡Porque aseguráis, que habrá que ver si lo que afirmáis es verdad, que os ha robado unas renqueantes, enfermas y viejas ovejas, junto con otros tantos corderos de colmillo retorcido, de viejos y sarnosos que eran! ¡Por los que tendríais que pagar, para que alguien los retirase de vuestras propiedades y los echase de comer a los perros! ¡Que todos juntos no valían un denario! (*HABLANDO AL JUEZ Y BUSCANDO SU APROVACIÓN*). ¡Menudo sermón sin orden ni concierto nos está metiendo!

GUILLERMO.- ¡Pero qué, qué, qué! ¡Ni corderos, ni ovejas! ¡Qué canto gregoriano, ni letanía, ni "cantinela"! ¡Me dirijo a vos, abogado Pathelin, a vos os hablo! ¡Y es claro como el agua que o me pagáis, o me devolvéis el tejido de paño! ¡Jurado está, por Jesucristo!

JUEZ.- (*DANDO MAZAZOS EN LA TABLA*). ¡Orden, orden! ¡Un grito más y levanto la sesión! (*HACIÉNDOSE AIRE CON LA TABLA Y RESOPLANDO*). ¿Me habré vuelto loco? ¿Tendré perdido el juicio? ¡Quiere callarse, dejé de dar gritos!

GUILLERMO.- Yo solo quería preguntarle...

PATHELIN.- (*MALMETIENDO AL JUEZ CONTRA GUILLERMO, EL PAÑERO*).

¡Ordenadle que se calle! ¡Escupe por la boca una riada de palabras, a cuál más incomprendible! ¡Supongamos que este inofensivo pastor, en un descuido, haya podido despacharse siete u ocho, o quizás una docena de bestias, y que debido a la hambruna que padece, porque el salario no le da ni para comer, se las haya tragado, como el infierno se tragará a este charlatán, ¿va a quedar el demandante por semejante nadería robado? ¡Al contrario, sacáis un enorme beneficio por el tiempo que cuidó de ellas!

GUILLERMO.- (*DIRIGIÉNDOSE AL JUEZ, QUE ESTÁ HARTO DE TAL GUIRIGAY*). ¡Os dais cuenta, señor juez, os dais cuenta! ¡Le exijo que me devuelva la lana... digo, el paño, y él salta respondiéndome con pastores y ovejas! (*DA CONTRA PATHELIN*). ¿Qué decís de esto? ¡Seis alnas bien despachadas de tejido de paño! ¿Dónde las tenéis? ¡Las que escondisteis debajo de vuestras ropas! ¿Pensáis devolvérmelas el día del juicio final?

PATHELIN.- (*A GUILLERMO, EL PAÑERO*). ¿Estáis decidido a que le ahorquen por unas cuantas ovejas famélicas? ¡Ovejas que ni los lobos quisieron! ¡"Casus belli"! (*Motivo para declarar la guerra*). ¡"De pópulo bárbaro"! (*De gente de otro sitio*). ¡"Sine qua non"! (*Imprescindible*). Por lo menos, calmad vuestra sed de venganza; demostrad vuestra generosidad con éste infeliz, que no sabe dónde tiene las narices, menesteroso y empobrecido pastor; que si se muriese tendría que ser enterrado a costa de la caridad pública.

GUILLERMO.- (*AL JUEZ*). ¡Veis, señor juez? ¡Qué hábil es para cambiar un asunto por otro! ¡El demonio me la ha jugado, tentándome para que le vendiese mi tejido de paño a tal cliente! Quisiera que me respondiera, señor juez, a esta pregunta...

JUEZ.- El acusado queda absuelto de acusación tan disparatada. En cuanto a vos, os condeno a que os calléis. Os prohíbo que habléis y cualquier otra posible apelación. ¡Este pleito tenía que haberse celebrado en el hospital de los locos! (*A TIBURCIO, EL PASTOR*). Regresa con tus bestias.

TIBURCIO.- ¡Bée!

JUEZ.- (*A GUILLERMO, EL PAÑERO*). Os calificáis vos mismo con vuestra actitud, señor demandante, ¡por todos los hijos del cielo!

GUILLERMO.- ¡Oh!, señoría, por mis pecados, entienda que lo que yo quiero...

PATHELIN.- ¡Por la Misericordia Divina! (*AL JUEZ*). ¡Apelo a la justicia que representáis, señor juez! ¡A cuantos santos puedan oírme! ¡Creo que no se callará ni en el fondo de un pozo! ¡Os suplico que le mandéis callar, señor juez!

GUILLERMO.- (*DIRIGIÉNDOSE A PATHELIN*). ¡Cómo voy a callarme, si es con vos, Pathelin, con quien quiero tratar! Me engañasteis con vuestras patrañas, embelecos y mentiras, consiguiendo vuestro botín, al hurtarme mi tejido de paño, con el sortilegio de vuestras dulces y endiabladas palabras.

PATHELIN.- (*AL JUEZ, FIGIENDO ESTAR DESPERADO*). ¡Recurro a mi conciencia, apelando a ella solemnemente! ¡Sois testigo de lo que acabo de afirmar, señor juez! ¿Me escucháis?

GUILLERMO.- ¡Esto no puede estar pasándome a mí! (*SE ENZARZA NUEVAMENTE CON PATHELIN*). ¡Dios me ampare!, sin duda que me he topado con el más grande truhan y defraudador de toda Francia. Es absolutamente necesario que os diga, señor juez...

JUEZ.- Esta situación es un verdadero desatino, basado en un lío que no tiene ni pies ni cabeza. ¡Por la Virgen Santa! No puedo retardar más mi marcha, siendo preciso que parta ahora mismo. (*LLAMA LA ATENCIÓN DE TIBURCIO*). Márchate, pobre infeliz; no se te ocurra volver jamás, ni aún exigiéndotelo un justicia con su vara de mando. Quedas absuelto “per saécula saeculórum”, por esta Corte. ¿Entiendes lo que te digo?

PATHELIN.- (*A TIBURCIO, CON INTENCIÓN*). Dale las gracias al señor juez.

TIBURCIO.- ¡Béé!

JUEZ.- (*A TIBURCIO*). ¿No me he expresado con claridad? Márchate, a partir de ahora no debes preocuparte por nada en absoluto.

GUILLERMO.- ¿Va a irse sin que la justicia le ajuste las cuentas? ¿Es justo esto?

JUEZ.- (*MARCHÁNDOSE*). Ya advertí que debía atender más pleitos y asuntos en otros lugares. ¡Como bromista sois más pesado que el plomo! ¡Como loco sois un castigo demasiado severo! ¡Agradeced que comprendo que la cordura abandonó hace tiempo vuestra cabeza! ¡De lo contrario os asentaría la vara de la justicia en los lomos y en vuestra bolsa! No pienso perder ni un instante más en la cercanía de vuestra persona; me marcho. (*A PATHELIN*). ¿Os apetece almorzar con este juez que necesita reponer fuerzas, abogado Pathelin?

PATHELIN.- (*SUJETÁNDOSE LA MANDÍBULA CON LA MANO*). Os lo agradezco, señor juez, pero como no mastique con los ojos. Disculpad que este inoportuno dolor de muelas no me permita complacerlos. (*SALE EL JUEZ*).

ESCENA IX

GUILLERMO, EL PAÑERO. PATHELIN Y TIBURCIO, EL PASTOR; QUE PERMANECEN JUNTO AL ARBOL.

GUILLERMO.- (*A PATHELIN, SOTO VOCE*). ¡Oh! ¡Eres el mayor ladrón que vieron los tiempos! (*A TONO NORMAL, CON ADULACIÓN Y CIERTA RETRANCA*). Decidme, ¿cuándo pensáis pagarme?

PATHELIN.- ¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Estáis mal de la mollera? ¿Con quién creéis que estáis hablando? ¡Por mis pecados, me pregunto si me tomáis por un tonto!

GUILLERMO.- ¿Pensáis que “¡bée!”, es moneda de curso legal?

PATHELIN.- Escuchadme. Os voy a decir, ahora mismo y sin tardanza, que me confundís: ¿tal vez con Santa Rita? (*RÍE UN POCO SORDAMENTE*). ¡Ya sabéis, lo que se da no se quita! ¡Pero advertid que yo no estoy en los altares!

GUILLERMO.- ¡Si estuvieseis en el infierno, nos iría mejor a todos! ¿Creéis que no os reconozco? ¿Qué soy tonto entre los tontos? Vuestra persona es inconfundible, sois vos y no otro, vuestro tono de voz pregoná quién sois, sin temor a que me equivoque.

PATHELIN.- ¿Tengo que ser yo? ¿No puede ser otro? ¡Mirad que las monedas todas parecen iguales, y cada una es de su padre y de su madre! No puedo ser ese que decís, en absoluto; tenéis que desengaños. ¿Pudiera ser tal vez Pedro Botero? ¡Según todos los diablos soy igual que él, sobre todo en el porte!

GUILLERMO.- ¡Por San Judas Iscariote! ¡Pedro Botero, es imposible que tenga el rostro de bebedor que tenéis vos; y al mismo tiempo ese color cadavérico! ¿No os iban a dar los Santos Óleos en vuestra casa?

PATHELIN.- ¡Oh! ¿Con esa razón queréis convencerme? ¿Quién estaba moribundo? ¿De qué mal? Admitid vuestro fracaso y necedad. En este momento es meridianamente diáfana.

GUILLERMO. - ¡Afirma que sois vos, o que San Pedro de Roma me lo demande! ¡El mismo Pathelin, y solo él! ¡Esto es tan verdad como que estamos bajo el cielo!

PATHELIN. - Sufrís de alucinaciones, y no debéis creer nada de lo que veis en el interior de vuestra cabeza sin gobierno. Es imposible que sea yo. Jamás he tomado ninguna alna, ni siquiera media, de nadie; mi reputada honradez habla por si sola.

GUILLERMO. - ¡Ah! ¡Por las estrellas ciegas! ¡Me voy a llegar a vuestra casa a ver si os encuentro en ella! ¡Para no buscarle tres pies a mis entendederas! ¡Pedidle a Dios que os encuentre allí!

PATHELIN. - ¡Por la Santísima Virgen, que esa es la solución! ¡Así podréis aseguraros! ¡Pero mirad bien por vuestra alma, porque a lo mejor es el diablo que toma mi apariencia!

GUILLERMO. - (*ASUSTÁNDOSE*). En ese caso, no pienso condenarme. ¡No iré, apañaos con el demonio como podáis! (*SALE ENFURECIDO*).

PATHELIN. - ¡A lo mejor con él podéis pactar cuanto tejido de paño se os antoje! (*RÍE SORDAMENTE*).

ESCENA X

PATHELIN Y TIBURCIO, JUNTO AL ARBOL.

PATHELIN. - (*A TIBURCIO*). Bien, ha llegado el momento de que hablemos de lo que has de pagarme. Escúchame, Borreguito.

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - He dicho que me escuches, acércate. ¿He defendido bien tus intereses?

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - ¡El pañero se ha ido con todos los diablos! Tu demandante se ha marchado, no tienes que decir más “bée”, no necesitas seguir con la farsa. ¿Tragó bien el anzuelo, eh? ¿No te aconsejé magníficamente?

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - ¡Demonios!, nadie va a oírt e ya, habla con tranquilidad, ya no tienes que preocuparte.

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - Ahora me tengo que marchar, me pagas y me voy.

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - Verdaderamente, has estado pintiparado en tu fingimiento, haciendo el trabajo que te encomendé mejor que muchos que se las dan de abogados curtidos. Has demostrado total seguridad y aplomo. Yo creo que tu actitud y aspecto, ha hecho que el juez no dude ni un solo momento, y al estúpido del pañero lo ha maniatado en la camisa de once varas de la estratagema; que te aguantaras la risa ha sido lo mejor.

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - ¿Qué “bée”, ni qué perro ahorcado? ¡Me estás hartando! Ya te he dicho que no hace falta que sigas con la “cantinela”. ¡No lo digas ni una vez más! Dame mi dinero, me pagas y tan amigos.

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - ¡Otra vez con el “bée”! ¿Qué es esto? Habla con normalidad, como una persona razonable, me pagas y me marcho.

TIBURCIO. - ¡Bée!

PATHELIN. - ¡Por todos los santos que tienen relación con las ovejas! ¡Así reviente todo bicho que bale! ¡No abras la boca para decir eso! ¿Entiendes, mentecato? ¡Te

ordeno que no des ni un balido más y que discurras la manera en la que me vas a pagar! ¡Cuánto antes me pagues, mejor!

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¿Te burlas de mí? ¿Ese es el beneficio que obtendré de este asunto? Pues yo te juro que has de pagarme, ¿entiendes?, si no logras escaparte. ¡A pagar! ¡Afloja la bolsa!

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¿Te resulta graciosa esta broma? Porque estás de broma, ¿no? (*TIBURCIO SE RÍE*). ¿Qué? ¿No quieres decir otra cosa que no sea el “bée”?

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¿Te haces el tonto? ¿Con esta baratija del “bée” me quieres pagar? ¿Te das cuenta que te la juegas por no saber a quién le balas? Deja de agotarme con el “bée”, y paga.

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¿No me pagarás con escudos o francos? ¿A quién te crees que burlas? ¡Idiota de mí, que me sentía orgulloso del Borreguito! ¡Págame y seremos amigos!

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡Esto pasa de castaño oscuro! ¿Lo que me haces es una tomadura de pelo? (*EN UN APARTE*). ¡Por Dios, que he encontrado una horma para mi zapato! ¡Por Jesucristo! ¿Tan incompetente me he vuelto que hasta un pastor idiota, un borrego con aspecto de persona, un villano destripaterrones, se burla de mí en mi cara?

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¿No encontraré la forma de extraerte cualquier otra palabra que no sea esa? Si toda esta pamema es para reírtete, me avisas, y así no me fríes más la sangre. No discuto y en paz. (*QUERIÉNDOLE EMBAUCAR CON LA ÚLTIMA INTENTONA*). Tengo un pato excelente en mi casa, lo cocinó mi mujer para el avaro del pañero. Te invito a comer.

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡Por San Juan, te doy toda la razón, he ido por lana y he salido trasquilado! ¡En ésta estafa el estudiante novato, ha estafado al profesor estafador! (*EN UN APARTE*). Con la seguridad que yo tenía, de ser maestro de maestros de los estafadores en cualquier lugar, truhan de truhanes, timador de timadores y embaucador de embaucadores en el arte de la palabra; como postergador de pagos hasta el día del juicio... Y un pastor bobo-lana me ridiculiza... (*COMENZANDO A PERSEGUIR A TIBURCIO, EL PASTOR*). ¡Por Santiago! ¡Mala leche mames! Si acertara a pasar por aquí un justicia, mandaba que te apresase.

TIBURCIO.- ¡Bée!

PATHELIN.- ¡Vete al infierno, con tu “bée”! ¡Que me ahorquen si no hago que venga la justicia! ¡Que el diablo confunda al tal justicia, si no logro que te encierre en la cárcel!

TIBURCIO.- (*BURLÁNDOSE MIENTRAS HUYE*). ¡Cójame, agárreme y le pago! ¡Bée!

PATHELIN.- (*FURIOSO Y SIN DEJAR DE PERSEGUIRLE*). Me quedé “in albis”, pero tú te vas a quedar “ab intestato” (*sin testar*) y “ab aeterno” (*eternamente*). ¡Aahhh! ¡Que Dios me perdone, voy a degollar a éste Borreguito! (*SALEN*).

TELÓN.

